

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

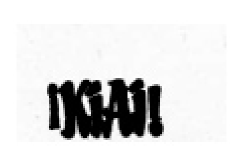
LA FLOR DEL CEREZO


COLECCION
¡KIAI!
HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

LA FLOR DEL CEREZO

Colección ¡KIAI! n.° 28
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

23 — La cripta del dios de jade *Curtis Garland.*

24 — Lección de supervivencia, *Lou Carrigan.*

25—¡Adiós, millones, adiós!, *Ralph Barby.*

26 — El silbido de los Shuriken, *Ray Lester.*

27 — El ciego orgullo de la raza, *Clark Carrados.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 20.622 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La obra se titulaba *El amor huye hacia lo desconocido,* y, ya en las últimas escenas, de altísima tensión dramática, era presenciada en silencio por el público que abarrotaba el Teatro de Tokio. No siempre se tenía la oportunidad de asistir a un drama del famoso teatro japonés *Noh* de la calidad de *El amor huye hacia lo desconocido.*

En el escenario, en aquel momento, dos únicos actores, el personaje masculino y el femenino, cada uno de ellos con su máscara. Durante la representación, ambos habían cambiado varias veces de máscara, adoptando aquella que, por su expresión estereotipada, encajase adecuadamente en la escena a representar. Pero, aun siendo estereotipadas las expresiones de las clásicas máscaras del teatro *Noh,* parecía que en ocasiones cambiasen, tomasen diversas expresiones, debido al cambio de luces, y, sobre todo, a la magistral actuación de los actores, que con sus gestos y movimientos daban vida a sentimientos, a ideas y actitudes.

El personaje masculino se llamaba Sinsaburo. Era un hombre alto y fuerte, elegantemente vestido con la más clásica indumentaria del período Menji. Estaba en pie, contemplando al personaje femenino, cuyo nombre era Noriko, la cual permanecía arrodillada sobre el tatami, escuchando con sumisión las interpelaciones de Sinsaburo… Tras una serie de vicisitudes, Sinsaburo y Noriko habían conseguido materializar su amor, y habían tenido tiempos verdaderamente felices. Pero, de pronto, Noriko había sorprendido a Sinsaburo haciéndole entender que ya no lo amaba…

Sinsaburo había quedado atónito primero, triste después. ¿Ya no lo amaba? ¿Por qué? ¿Acaso amaba a otro hombre? La respuesta fue negativa. ¿Era él, Sinsaburo, un hombre malvado? La respuesta fue negativa. ¿Era él, Sinsaburo, un hombre descortés o grosero? La respuesta fue negativa.

Entonces… ¿por qué Noriko había dejado de amarle? No existió respuesta: Noriko lo ignoraba. ¿Cómo podía ignorar Noriko una cosa semejante? Respuesta: Noriko ignoraba cómo podía ignorarlo. Pero entonces, ¿qué había sucedido realmente? Noriko también ignoraba esto. ¿Qué sabía Noriko? Noriko sólo sabía que ya no amaba a Sinsaburo.

¿Dónde estaba, entonces, el gran amor de Noriko hacia Sinsaburo?

Noriko alzó la cabeza entonces, orientó sus facciones de,

máscara hacia Sinsaburo, y estuvo así, mirándolo, unos segundos. Luego, Noriko se puso en pie, y comenzó a desplazarse de un lado a otro, señalando el cielo, el lejano mar, las montañas llenas de intenso verdor, la venerada imagen del Fujiyama... Imágenes que no existían en el escenario, y sí solamente en la imaginación de los actores y el público; pero era como si todo lo estuviesen viendo, tal era la magistral actuación de Noriko. Se desplazaba como flotando, movía su cuerpo, su cuello y sus manos con una delicadeza maravillosa, con unos gestos de la más exquisita feminidad. ¡Era Noriko tan elegante y bella, tan delicada, tan dulce...!

¿Adónde había ido el amor de Noriko? El amor de Noriko había huido hacia todas partes y hacia ninguna parte. El amor de Noriko había huido hacia lo desconocido, había dejado de existir, como deja de existir una ráfaga de viento, una flor, un beso, un suspiro... Ya no había amor en Noriko.

¿Se puede vivir sin amor?

Noriko y Sinsaburo sabían muy bien que eso no es posible. Una vida sin amor, no es vida, y por lo tanto, no vale la pena vivirla. Así pues, con su gracia exquisita, Noriko suplicó a Sinsaburo que terminase con aquella vida estéril, inútil, estúpida... ¡Qué pobre vida la vida sin amor!

Noriko dejó de evolucionar, y quedó frente a Sinsaburo. En el Tokyo Theatre se podría haber escuchado el vuelo de una mosca; incluso los corazones del público podían haberse detenido. Noriko se había arrodillado delante de Sinsaburo, éste sacó su sable, lo alzó sobre la blanca nuca fragilísima, y lo dejó caer. Noriko quedó muerta a los pies de Sinsaburo. Sinsaburo lloró la muerte de su amor y la muerte del desamor de Noriko. Luego, Sinsaburo se arrodilló, de cara a su amor muerto, y procedió a hacerse el *seppuku* con el sable que había cortado la vida de Noriko[1].

Cuando Sinsaburo cayó muerto junto a Noriko, el silencio persistió todavía durante unos segundos. De pronto, se oyó una palmada, y acto seguido, la atronadora ovación que hizo retemblar todas las instalaciones del teatro. Noriko y Sinsaburo se pusieron en pie, y saludaron con elegantes inclinaciones. La ovación se habría prolongado hasta el infinito si la modestia de los actores no la hubiese cortado incluso demasiado pronto, desapareciendo del escenario...

Ya fuera de éste, Sinsaburo se quitó la máscara y dio una afectuosa palmada en la espalda de Noriko.

—Genial, como siempre... Mi enhorabuena.

—Gracias. Lo mismo digo de ti, Takashi.

—Vamos a cambiarnos y salgamos a tomar un trago por ahí... ¿Quince minutos?

—Está bien —aceptó Noriko.

Sin quitarse la máscara, recorrió los pasillos, hasta llegar a su camerino. Entró, cerró la puerta... y se quedó mirando, por los orificios de los ojos de la máscara, al anciano que estaba sentado en un rincón, sobre una esterilla, recogidas las piernas bajo el cuerpo. Un anciano de blanquísimos cabellos, negrísimos ojos, rostro quemado por el sol, arrugado por los muchos años. Un rostro japonés de una nobleza y venerable belleza que Noriko jamás podría olvidar.

Pero la sorpresa fue tanta al ver allí a aquel anciano que, durante un par de segundos, Noriko permaneció inmóvil. De pronto, se quitó la careta, que tiró a un lado, y se arrodilló delante del anciano, bajando la cabeza hasta el suelo, y murmurando:

—*Sensei... Sensei...*

—Bien hallado Saburo Ábe —dijo el anciano, con voz lenta y suave—. ¿Puedes permitirme la satisfacción de felicitarte por tu meritorio progreso en el *Noh?*

—Maestro, su satisfacción es mi satisfacción. Gracias. Pero temo que se ha perdido lo mejor de la obra, la parte final...

—No. Ya he visto la obra tres veces —sonrió el anciano—, de modo que hoy podía prescindir del final, para venir a esperarte. Espero no perturbarte demasiado con esta visita.

—Sus visitas nunca pueden ser causa de perturbación, Maestro. Tres veces... —Saburo Abe estaba verdaderamente asombrado—. ¿Ha venido desde su *ryokan* 2 tres veces a Tokio sólo para ver la obra? ¿Tres veces ha abandonado su *inkio* sólo por eso?

—No menosprecies el *Noh, Saburo.* Y mucho menos, menosprecies tu trabajo. Eres un gran actor. Yo diría que insustituible.

—Nadie es insustituible, Maestro. Y sé que no va a discutirme esto, porque me lo enseñó usted.

—Debo haberme expresado mal —alzó las cejas el anciano—. Debí decir que seguramente nadie podría ocupar tu lugar de Noriko en *El amor huye hacia lo desconocido.*

—Lamento tener que decirle que se equivoca. Maestro. Si yo tuviese que ausentarme de Tokio, o estuviese enfermo, hay un par de actores que estarían encantados de ocupar mi lugar, para demostrar lo mucho que, indudablemente, valen.

—Lo que significa —musitó el Maestro— que podrías hacerme un favor, Saburo.

—A mi Maestro yo no le haré nunca favores: sólo haré que demostrarle mi amor regalándole mis servicios.

Takeo Inomura, el viejo Maestro de Artes Marciales, estuvo contemplando en silencio durante unos segundos a Saburo Abe, posiblemente el mejor actor japonés del momento. Respetando la vieja tradición, no habían mujeres en los escenarios japoneses; los papeles femeninos eran asumidos por actores masculinos, los llamados

Onnagata, cuya calidad artística estaba fuera de toda duda. Podía ser más o menos fácil que un hombre representase a un personaje masculino. Pero el actor que alcanzaba la maestría de representar a un personaje femenino era aún más admirado, considerando la dificultad que representa para un hombre moverse como una mujer, dar la sensación de que, en efecto, el personaje es femenino. Para ello, se requiere una habilidad y una gracia excepcionales, que, por supuesto, no están al alcance de todos.

Sin embargo, Saburo Abe lo había conseguido. Su ductilidad artística era tal, que siempre estaba asediado por contratos para actuar en representaciones de teatro *Noh* y *Kabuki.* En éste fue donde inicialmente fueron prohibidas las actrices, alegando que la mayoría de ellas se dedicaban a la prostitución como... complemento artístico. Pero de eso hacía muchos años, exactamente desde 1629. Pese a lo cual, la tradición persistía. El teatro *Kabuki* había sido siempre el preferido por la clase comerciante, por sus mayores extravagancias y artificiosidad espectacular, mientras que el teatro *Noh,* más sencillo y depurado, había sido siempre el preferido por la nobleza. Saburo Abe, actor versátil y de auténtico talento, sólo hacía actualmente una distinción entre los dos teatros: el bueno y el malo. Si la obra era buena, ya fuese de *Kabuki* o de *Noh,* la aceptaba; si era mala, la rechazaba. Así de simple.

—¿Podrías ir a Hong Kong, Saburo? —musitó, por fin, Takeo Inomura.

—Ahora mismo, Maestro.

—Bastará con que estés allí mañana por la tarde.

Exactamente frente al Man Mo Temple, a las siete y media de la tarde.

—Allí estaré.

—Por favor, puedes desvestirte si lo deseas.

—Gracias.

Noriko se puso en pie, y procedió a quitarse su indumentaria, comenzando por el peinado postizo. Takeo Inomura contuvo una sonrisa al ver ya, libre de todo artificio, la cabeza de Saburo Abe: formas perfectas, cabellos largos muy a la moda masculina actual, cuello delgado y asombrosamente musculado... El rostro de Saburo Abe era correctísimo, de facciones bellas y suaves, con labios bien dibujados, ojos grandes, negrísimos, de expresión amable, casi suave... Pero sólo un insensato habría confundido las cosas con respecto a Saburo; bastaba mirar el fondo de los amables ojos para comprender que Noriko era sólo un personaje, un trabajo de actor especializado y de gran talento.

Por lo demás, a medida que Saburo Abe se fue quitando las ropas femeninas, fue apareciendo un cuerpo fino, delgado, en el que

los músculos parecían finas láminas de acero. Una musculatura tan racional y perfecta, que más bien parecía una decoración en un cuerpo de acero. Cada músculo, uno por uno, se movía con asombrosa armonía y se evidenciaba a cada gesto de Saburo Abe, que, finalmente, quedó completamente desnudo delante de Takeo Inomura.

—¿Continúas practicando? —preguntó éste.

—Es raro el día que no lo hago.

—Eso está bien, Saburo... La práctica de nuestra Arte Marcial ayuda a mantener el equilibrio entre nuestra mente y nuestro cuerpo... ¿Te suenan los nombres de Yoshio Asakura y Benju Uesugi?

—No.

—Son dos de mis discípulos. Como tú..., sólo que en otra disciplina. Lo cual, naturalmente, carece de importancia. Un *budoka* es un *budoka,* sea cual sea el Arte Marcial que haya elegido para su desarrollo armónico. Naturalmente, tampoco deben sonarte los nombres de Wai Pin y Hiroshi Ogata.

—Tampoco, Maestro.

—No dispongo de ninguna fotografía de Hiroshi Ogata, pero sí tengo una de su hija. Y también de los otros tres. ¿Quieres verlas?

Diciendo esto, Inomura tendía un sobre a Saburo. Este, todavía desnudo, se acercó, tomó el sobre y sacó las cuatro fotografías. Una de ellas correspondía a un chino, cuyo nombre, Wai Pin, constaba en el dorso. Las otras dos de hombres eran de dos japoneses, cuyos nombres eran Bunji Uesugi y Yoshio Asakura. La cuarta fotografía era de una muchacha cuya belleza dejó en suspenso por un instante a Saburo Abe. Detrás estaba el nombre: Kikuko Ogata.

Saburo asintió, metió las fotografías en el sobre, y devolvió éste a su Maestro de Artes

Marciales.

—¿Debo ver a estas personas en Hong Kong? —preguntó.

—Mucho me temo que sólo podrás ver a una: Kikuko Ogata... Los otros tres, y el padre de Kikuko, han desaparecido. Primero desapareció Hiroshi Ogata, el padre de Kikuko. Esta fue a pedir ayuda a Wai Pin, que reside en Hong Kong, y Pin, después de advertirme que algo estaba ocurriendo con mi viejo amigo Hiroshi, desapareció. Envié sucesivamente a Yoshio y Bunji, y ellos también han desaparecido... Podría darte algunos datos más, pero me parece más inteligente que los obtengas directamente de Kikuko Ogata. Ella te estará esperando a las siete y media en Hong Kong, frente al Man Mo Temple... ¿Has oído algo sobre la *Kuro Arashi?*

—Sí. Hace algo menos de un año me encontré en Osaka con Tomiro. El me habló de esa organización, llamada Negra Tempestad, que usted ha puesto en marcha..., y en la que creí que jamás me incluiría, Maestro.

—Todos vosotros, mis queridos discípulos que destacasteis por vuestra actitud mental, podéis ser requeridos en cualquier momento, Saburo. Algunos, quizá serán requeridos varias veces. Otros, quizá nunca... Todo depende: yo siempre envío al hombre adecuado al lugar adecuado.

—¿Yo soy el hombre adecuado para ir a Hong Kong? Takeo Inomura sonrió levemente.

—Ya han desaparecido tres hombres en este extraño asunto del que, prácticamente, lo desconozco todo, Saburo. ¿Te parece que soy lo bastante torpe para enviar a otro hombre?

—Pero... usted acaba de pedirme que vaya a Hong Kong, Maestro...

Inomura se quedó mirando el desnudo cuerpo que tenía ante sí. No era muy alto Saburo Abe. Alrededor de metro setenta... Por fin, miró sus manos, bellas y de engañoso aspecto delicado. Takeo Inomura sabía muy bien, mejor que nadie en el mundo, la espantosa fuerza que había en las manos de Saburo Abe.

—Tres hombres desaparecidos son ya demasiados —murmuró, por fin—. No quisiera que tú fueses el cuarto, Saburo. Y tampoco quisiera que tuvieses la soberbia de pensar que lo que les ha sucedido a tres hombres no podría sucederte a ti. Por eso, yo preferiría que a Hong Kong no llegase el cuarto hombre.

Saburo Abe parpadeó, desconcertado todavía. Luego, asintió y comenzó a vestirse de calle, normalmente, a la americana. Inomura lo estuvo observando en silencio hasta que terminó. Entonces, de un bolsillo interior sacó otro sobre, más pequeño, que tendió a Abe. Este sacó del interior del sobre una estrella hecha con cartulina negra. Una estrella de seis puntas, cuyo centro había sido convertido en rostro por medio de orificios en blanco que figuraban los ojos y la boca; unos ojos alzados por los extremos, con gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, amargo, incluso amenazador. En uno de los lados de la negra estrella había una cinta adhesiva, y Saburo Abe comprendió su significado.

En realidad, ya lo había comprendido todo.

—¿Es el emblema de la *Kuro Arashi,* Maestro? —alzó la negra estrella de seis puntas.

—Sí. Para nosotros, verla es un buen augurio. Para las personas que han... equivocado el camino de la convivencia humana, puede ser, en principió, una advertencia de que modifiquen su ruta. O una desgracia, finalmente, si no aceptan esa advertencia. La *Kuro Arashi,* Saburo, tiene como norma arrancar de raíz todo vestigio de mal que aparezca en su camino. Para siempre.

—Lo he entendido todo, Maestro; mañana estaré en Hong Kong.

—Gracias. Y ahora, permíteme retirarme... —Takeo Inomura se

puso ágilmente en pie, con sorprendente ligereza—. Estoy deseando regresar a mi *ryokan,* para quitarme estas ropas. Buena suerte, Saburo.

—Maestro, puedo llevarle en mi coche, si lo desea.

—Te lo agradezco, pero uno de mis nietos me está esperando afuera con el suyo. Me gustaría no necesitar vehículo alguno, pero mi casa está lejos, y mis piernas ya no podrían llevarme hasta allí.

—Siempre es mejor viajar con el espíritu que con el cuerpo — dijo Saburo, sonriendo.

—La mayor satisfacción que puede tener un hombre es que sus discípulos no olviden lo que él les enseñó. Gracias por eso, Saburo.

Saburo Abe inclinó la cabeza ante su Maestro; cuando la alzó, ya estaba solo.

CAPÍTULO II

A las siete y veinticinco minutos de la tarde, Kikuko Ogata se apeaba de un taxi en Hollywood Road, relativamente cerca del Man Mo Temple. Y bastó que sacase sólo una pierna del taxi para que las miradas de los hombres que había cerca se volviesen como magnetizadas por un invisible imán. Parecía que no podía haber otra pierna en el mundo tan bella como aquélla, pero, puesto que Kikuko no era coja, existía. Sobre dos piernas monumentales, el esbelto y sugestivo cuerpo de la bellísima japonesita se constituyó en un recreo para docenas de ojos masculinos.

Sensacional. Increíble.

Ignorando esto con la naturalidad de quien está ya acostumbrada, Kikuko echó a andar por Hollywood Road, en dirección al Man Mo Temple. Vestida a la americana, elegante y sobria, con una melenita encantadora, y un gracioso caminar de muñequita que hacía volverse a los hombres a su paso, Kikuko, veinte años recién cumplidos, jamás podría pasar desapercibida. Pero, por si acaso, cuando le faltaban un centenar de pasos para llegar al templo donde se había establecido la cita con el enviado del señor Inomura, Kikuko sacó una estrella negra de seis puntas, y se la prendió en el pecho, sobre la ropa.

Sabía que no tendría que esperar. Todo lo más, cinco minutos, como el día anterior. Si tampoco acudía nadie, se marcharía y volvería al día siguiente; la cita era bien clara: todos los días, a las siete y media de la tarde.

Y esa hora era, casi exactamente, cuando Kikuko llegó frente al Man Mo Temple. Entonces se volvió para mirar si la seguía alguien. Quizá Kikuko pensaba que lo hacía con gran discreción, pero no muy lejos de ella otra muchacha japonesa que la estaba observando sonrió apretadamente. ¡Cuánta ingenuidad la de Kikuko Ogata!

Esta, tras convencerse a sí misma de que nadie la había seguido, se dedicó a mirar alrededor. Mientras tanto, la otra muchacha japonesa se iba acercando, lentamente, entornados los párpados apenas oblicuos. También vestía a la americana, como prácticamente todo el mundo, pero era más alta y algo más recia que Kikuko. A decir verdad, era notablemente alta para ser japonesa. Pero era japonesa... Como Kikuko, llevaba una graciosa melenita de lacios cabellos negros, relucientes. Y como Kikuko también, para asombro de ésta, llevaba

una estrella negra adherida a la ropa, sobre el seno izquierdo.

Cuando las dos muchachas quedaron frente a frente, Kikuko no podía mostrar más claramente su asombro... y su decepción. Incrédula todavía, estuvo examinando a la otra muchacha, que soportó con el ceño ligeramente fruncido el veloz examen; ropa corriente: falda, una blusa, un jersey abierto, zapatos de tacón alto... El rostro de la otra era delicado, de facciones tan hermosas que, por un momento, Kikuko incluso sintió celos. Pero no debía ser tan delicada de piel como ella, porque llevaba bastante maquillaje... Subconscientemente, Kikuko encontraba algo... extraño en la otra muchacha, pero no sabría decir qué era.

—¿La ha seguido alguien? —preguntó la otra, conteniendo una sonrisa y hablando en inglés.

—No... No. ¿Usted es...?

—Me envía el señor Inomura, sí.

—Bien... ¡Oh, de acuerdo! Supongo que han venido algunos hombres con usted, que están esperando...

—No. He venido sola. Hace poco más de una hora que llegué a Hong Kong, procedente de Tokio. Siento decepcionarla.

—Pues... Lo siento. Lo siento de veras, no he querido ofenderla. Es sólo que... esperaba un hombre. Un hombre... especial, para ser sincera.

—Lo lamento. ¿Entramos en el templo?

—Claro que no —exclamó Kikuko—. Nos tenemos que alejar de aquí cuanto antes. Tengo reservado para usted un apartamento en... ¿Por qué hablamos en inglés? Yo prefiero hablar en japonés.

—Por el momento, hablaremos en inglés.

—¿Por qué? —se sorprendió Kikuko.

—Porque si la está vigilando alguien que hable japonés, le será más difícil entendernos. Claro que el inglés lo sabe todo el mundo, pero si nosotras estamos mezcladas en algo que tenga que ver con Japón, es mejor que hablemos en inglés.

Kikuko Ogata, que caminaba junto a la otra, se detuvo, y se quedó mirándola estupefacta. Por fin, encogió los hombros.

—Está bien... ¿Cuál es su nombre?

—Michiko.

—Yo soy Kikuko Ogata.

—Lo sé. Es un nombre muy bonito[3].

—Gracias. ¿De verdad ha venido sola?

—De verdad.

—Pues no lo entiendo. Pero, en fin... ¿Dónde tiene su equipaje? Alquilaremos un...

—Este es mi equipaje —dijo Michiko, alzando un maletín forrado de negro.

—¿Quiere decir que no ha traído más ropa, ni... ni ninguna otra cosa?

—Todo lo que necesito está en éste maletín... ¿Queda muy lejos ese apartamento?

—En Wanchai, en Cross Lane, en Morrison Hill. Quiero decir que...

—En el distrito Wanchai, al pie de la Colina Morrison, en Cross Lane, lo entiendo. Supongo que debemos tomar un taxi.

—Será lo mejor. Supongo que quiere ducharse y ponerse algo más cómoda. ¡Hace un calor terrible!

—Me encanta el calor —sonrió Michiko.

—¿De veras?

—De veras. El frío es para las focas. Las personas necesitamos calor.

—Nunca lo había visto así, pero ahora que usted lo dice... ¡Ahí tenemos un taxi!

El taxi se detuvo a una seña de Kikuko. Las dos muchachas entraron en el vehículo, Kikuko dio las señas y el chófer chino, que se había vuelto a mirarlas estupefacto, asintió y reanudó la marcha. Kikuko iba a decir algo, pero Michiko se llevó un dedo a los labios exigiendo silencio, y luego se volvió a mirar por el cristal zaguero. Parecía que, en efecto, Kikuko no había sido seguida. Cuando se volvió Michiko hacia el frente, Kikuko hizo intención de hablar de nuevo, pero otra vez Michiko le hizo un gesto de silencio.

Y así, en silencio, recorrieron el camino hasta Cross Lane, en el distrito Wanchai, efectivamente en Morrison Hill. Abajo se veían hileras de luces de coches, las luces del puerto, el brillo de las aguas... Al otro lado, las luces de Kowloon, recién encendidas, como las de Hong Kong.

Kikuko pagó el importe de la carrera, las dos se apearon, y Michiko alzó la mirada, para contemplar el edificio. Era de tres pisos, con grandes terrazas agradablemente adornadas con plantas y flores.

—¿Le gusta?

—Mucho. Le agradezco que se haya preocupado de conseguirme una estancia agradable.

Subieron al apartamento, el 3 C, en el tercer piso. Kikuko abrió la puerta, la empujó y entregó la llave a Michiko. Esta entró, encontró el interruptor de la luz y la encendió. Kikuko entró, cerró la puerta y se fue directa a la terraza, abriendo la doble puerta de cristal, y lanzando, entonces, un suspiro de alivio.

—De momento, se nota más fresco —dijo.

—¿No funciona el aire acondicionado?

—Vendrán a repararlo mañana, espero. Estuve a punto de no quedarme este apartamento por eso, pero me aseguraron que lo

arreglarían pronto, y creí que era mejor no buscar más. Además, puesto que a usted le gusta el calor...

—Me encanta el calor, así es —sonrió Michiko.

—Pues a mí no demasiado. Hay algunas cosas para beber en el frigorífico, si lo desea.

¿Por qué no sirve unos tragos de algo?

—Buena idea —asintió Michiko.

Se dirigió a la cocina, le echó un vistazo y regresó al salón. Kikuko no estaba allí. La vio segundos después, entrando en el cuarto de baño, comenzando a quitarse la ropa.

—Voy a tomar una buena ducha —sonrió Kikuko.

—Otra excelente idea.

La puerta del cuarto de baño se cerró. Michiko fue a mirar en los dos dormitorios, con gesto crítico. Desde luego, no parecía que fuese dinero lo que le faltaba a Kikuko Ogata... Regresó por el pasillo hacia el salón, oyendo el rumor de la ducha a través de la puerta del cuarto de baño. Fue a la cocina, le echó un displicente vistazo, y abrió el frigorífico. Torció el gesto al ver dos grandes botellas de coca-cola, y optó por jugo de naranja, que sirvió en dos vasos en los que echó dos cubitos de hielo. Con uno en cada mano, regresó al salón, los dejó sobre una mesita y fue a abrir su maletín, del que extrajo un paquete de cigarrillos americanos. Encendió uno, se sentó y quedó pensativa...

Un par de minutos más tarde, su mirada se desvió hacia la entrada del salón, al oír las pisadas. Kikuko apareció, calzando unas zapatillas de baño y terminando de secarse con una toalla. Su húmeda piel relucía como seda, tensas sus bellas formas que mostraba en toda su desnudez.

—Ya sé que dentro de poco volveré a tener calor, pero al menos me he refrescado un poco... ¿Tú no quieres ducharte?

—Lo haré más tarde —rechazó la idea Michiko, inescrutable el rostro—. Tienes jugo de naranja con hielo. ¿Está bien?

—Sí, sí, gracias. Enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres?

Michiko lo encendió. Kikuko se acercó, vibrando sus prietas formas impecables, juveniles. Lo tomó, se lo puso en los labios, colocó la toalla sobre un sillón y se sentó, cruzando las piernas.

—Menos mal que no hay vecinos enfrente —sonrió Michiko—: podrían verte así.

—Ya sé que no hay vecinos —rió Kikuko—. Así que puedo permitirme estar fresca.

¿Quizá te molesta? —exclamó de pronto.

—En lo más mínimo. Bien... ¿Qué se supone que yo debo hacer en Hong Kong?

—Encontrar a mi padre. ¿El señor Inomura no te lo dijo?

—El señor Inomura me dijo que viniese a Hong Kong,

simplemente. Con su gran lógica y sensatez, debió suponer que tú me lo explicarías todo mejor que pudiese hacerlo él... y más actualizado. ¿A qué se dedica tu padre?

—Tenemos una joyería... ¿Tampoco sabes eso?

—Sólo sabré lo que tú me digas. En primer lugar, dime: ¿no estás preocupada por la desaparición de tu padre?

—¡Oh, bueno!, recibo noticias de él a menudo. Sé qué está bien... O eso espero, al menos.

Michiko fumó lentamente de su cigarrillo, como distraída, antes de murmurar:

—¿Te parece correcto comenzar por el principio?

—Será lo mejor... —sonrió Kikuko; bebió un sorbito de jugo de naranja—. Lo cierto es que no sé cómo empezó todo. De pronto, simplemente, mi padre desapareció. Durante todo un día, estuve muy preocupada por él, aunque pensaba que quizá, simplemente, había ido al continente a hacer algún trabajo. En ocasiones, algunos chinos ricos, casi todos ellos de Macao, vienen a encargarle a mi padre alguna joya... Mi padre es un orfebre muy famoso en Hong Kong. Y en muchos sitios. Es capaz de hacer las más bellas y delicadas joyas...

—Admirable. Pero... ¿no se trataba de eso?

—No. Por fin me llamó por teléfono a la joyería. Me dijo que iría un hombre de su parte a buscar determinadas herramientas y que las tuviese preparadas. Lo preparé todo en un estuche, y cuando vino el hombre se lo entregué...

—¿Qué clase de hombre?

—Era un japonés. Muy amable y simpático, pero...

—Pero no te dio ninguna explicación sobre el paradero de tu padre, ni a ninguna otra de tus preguntas.

—No, no lo hizo. Sonreía, eso era todo. Me pareció... No sé, le encontré algo... extraño. Bueno, el hombre se fue. Pero al día siguiente mi padre volvió a llamarme por teléfono y me dijo que tenía que preparar otras cosas. Así lo hice, pero, además, avisé a Wai Pin.

—¿Por qué a Wai Pin, un chino? ¿No tienes amigos japoneses en Hong Kong?

—Sí, sí. Pero Wai Pin y mi padre acudían al mismo dojo a entrenarse hacía algún tiempo. Además se habían conocido en Tokio, cuando mi padre tomaba clases directamente del señor Inomura, lo mismo que Wai Pin. El señor Inomura tenía contratado a Wai Pin como profesor de Kempo, el boxeo chino, y mi padre, que es *karateka,* tomó algunas lecciones complementarias... Bueno, mi padre siempre me decía que Wai Pin era de absoluta confianza y que se podía recurrir a él en cualquier momento difícil. De modo que llamé a Wai Pin por teléfono, lo cité y fui a verlo, dejando la joyería a cargo de Kazuo...

—¿Quién es Kazuo?

—Kazuo Ashida. Es japonés, claro. Hace algún tiempo que trabaja para mi padre en la joyería y en el taller de orfebrería... Es muy atractivo —sonrió.

—Lo celebro por él. ¿Viste a Wai Pin?

—Sí. Le dije lo que ocurría y le pedí que siguiese al hombre que vendría a la joyería a buscar herramientas para mi padre. Wai Pin aceptó en seguida y se apostó cerca de la joyería... Vino el otro a buscar las herramientas para mi padre...

—¿El mismo de la primera vez?

—Sí, sí, el mismo. Le entregué las herramientas, salí a la calle y se lo señalé a Wai Pin, que estaba allí cerca, esperando Wai Pin me sonrió y se fue detrás del hombre... Ya no lo he vuelto a ver.

—Y entonces, avisaste al señor Inomura.

—Sí. El envió a Yoshio Asakura... Cuando vi a Yoshio me dije que todo iría bien. Le expliqué lo que ocurría, él dijo que informaría de todo por carta al señor Inomura, pero que, mientras tanto, se quedaría aquí, por si el hombre volvía por más herramientas... Volvió dos días más tarde... Bueno, no era el mismo. Esta vez mi padre envió a otro...

—¿Estás segura de que siempre era tu padre quien te telefoneaba?

—Sí, sí, segura. Hablábamos en japonés, él me decía cosas que sólo mi padre podría decir. Era él. Pero llegó otro hombre, a por herramientas y platino en lingotes. Se lo entregué todo, salí a la calla y señalé el hombre a Yoshio Asakura...

—Y fue la última vez que lo viste. Avisaste al señor Inomura, él envió a Bunji Uesugi, y pasó otra vez lo mismo. De modo que acabaste por asustarte de veras.

—Sí... Sí. Y estoy preocupada, ahora no sólo por mi padre, sino por Wai Pin, Yoshio

Asakura y Bunji Uesugi. No se me ocurre qué puede estar sucediendo.

—Por el momento, puedo decirte que es evidente que el hombre que acudía a la joyería a buscar herramientas para tu padre no llegaba solo. Seguramente le acompañaba otro, que se quedaba fuera. Y así, este otro hombre, se dio cuenta de que seguían al que iba a recoger las herramientas... ¿Ha enviado tu padre a alguien más, después de la desaparición de Bunji Uesugi?

—Sí... Ayer. Pero yo ya no hice nada, estaba esperando a ver qué decidía el señor Inomura, a quién enviaba esta vez. Como yo tenía miedo de que le ocurriese algo a quien llegase, ideé lo de la cita en el Man Mo Temple, y lo de este apartamento... ¡Espero que nadie me haya estado vigilando y se haya dado cuenta!

—Si te han estado vigilando, te habrán visto reunirte con una amiga, y ahora saben que estás con ella en su apartamento; lo más malo que pueden pensar, supongo, es que eres lesbiana.

—¡Oh! —dio un gritito Kikuko.

—¿Te preocupa eso? —sonrió, ceñudamente, Michiko.

—Pu... pues... Bueno, no sé... ¡Pero no soy lesbiana! ¡A mí me gustan los hombres!

—Hay gustos para todo en la vida —contuvo la risa Michiko.

—¿Quieres decir que tú... que tú...? ¡Oh! ¿Eres... homosexual?

—De ninguna manera —rió brevemente Michiko—. ¿Acaso lo parezco?

—¡Cualquiera sabe...!

—Tranquilízate. Y sigamos hablando de tu padre. ¿Se te ocurre algo por lo que alguien haya decidido secuestrarlo?

—No. A juzgar por las herramientas que me está pidiendo, es claro que está haciendo alguna joya, pero no comprendo por qué habían de secuestrarlo para eso, o por qué tendría que esconderse y estar enviando gente a por herramientas, cuando podría trabajar cómodamente en su taller de la joyería.

—¿Qué otras actividades tiene o tenía tu padre antes de ser joyero, orfebre?

—Mi padre siempre ha sido lo mismo, desde niño. Nunca ha tenido otras actividades de ninguna clase.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Mi padre? Veamos... Cuarenta y siete.

—¿Y tu madre?

—Mi madre falleció hace casi diez años.

Michiko permaneció en silencio durante casi un par de minutos. Luego, preguntó:

—¿Le has dicho a tu padre, o tan siquiera se lo has dejado entrever, que habías pedido ayuda a unos amigos para intentar localizarlo?

—Claro que no. El parece tranquilo, y quizá se enfadaría si se enteraba de que yo había hecho semejante cosa.

—Bien... Puede que tu padre no se haya enterado, pero sí deben haberse enterado los hombres a los que seguían Wai Pin y los otros dos. Aunque me sorprende que si se han enterado, continúen aceptando ir a la joyería a recoger las herramientas que va pidiendo tu padre. ¿Acaso son herramientas que no podría conseguir en ninguna otra parte?

—¡Claro que no! Son herramientas especiales, pero podrían ser conseguidas en otros sitios. Y lo mismo el oro y el platino, y otros materiales, y el nácar... En fin, todo.

Michiko asintió con un gesto.

—¿Sabe vuestro empleado, Kazuo Ashida, lo que está pasando?

—No, no. El sabe que hablo con mi padre por teléfono, y que él envía a buscar herramientas y material, pero nada más. No sabe lo de Wai Pin y los otros dos... Kazuo cree que mi padre está haciendo un trabajo especial para algún millonario, como otras veces.

—Además de ser atractivo... ¿dirías que Kazuo Ashida es de confianza?

—Pues sí... Bueno, ni mi padre ni yo tenemos motivos para pensar de otro modo respecto a él.

—¿Os habéis acostado juntos? Ya sabes...

—No. El me lo ha pedido muchas veces, pero yo no he querido.

—¿Por qué? —se sorprendió Michiko—. ¡Si es tan atractivo...!

—No me decido. No siento el irresistible deseo de hacerlo, así que no lo hago. No tengo por qué entregarme a un hombre si no lo deseo, ¿verdad?

—Verdad. Bien, tal como están las cosas, para encontrar a tu padre parece que sólo tenemos dos posibilidades. Una, que sea tu propio padre quien te diga dónde está, lo cual no parece probable, pues de estar dispuesto a hacerlo ya te lo habría dicho. Dos: continuar esperando que vayan llegando hombres en busca de herramientas o material sea cual sea que tu padre necesite para tu trabajo, y seguir a esos hombres.

—¡Pero eso ya ha quedado demostrado que puede ser peligroso! ¡No sabemos nada de ninguno de los tres! Tú podrías ser la cuarta persona que desapareciese por querer saber dónde está mi padre.

—Sí —admitió apaciblemente Michiko—: podría ser la cuarta persona. Pero esta vez haremos las cosas de modo diferente, Kikuko... Cuando mañana, o pasado, o al otro, un hombre se presente a buscar alguna herramienta para tu padre, no salgas a la calle para señalar a esa persona. Solamente, justo en el momento en que salga a la calle el hombre en cuestión, enciende las letras del rótulo luminoso de vuestra joyería. Es decir: ¡supongo que tenéis rótulo luminoso!

—Claro que sí.

—Pues eso es todo... Salvo que, de pronto, sin más complicaciones, tu padre se presente en la joyería, o en vuestro domicilio privado, o te diga dónde está... En fin, que todo se normalice. Mientras tanto, me gustaría poder descansar todo el tiempo posible.

—¿Quieres decir que debo marcharme?

Michiko se quedó mirando realmente pasmada a la bellísima Kikuko.

—¡Hijita, claro que no...! Por mí puedes quedarte a pasar la noche aquí, si lo deseas.

—Me... me parece que no. Bueno, entiendo que a partir de mañana estarás cerca de la joyería vigilando la posible llegada de un enviado de mi padre...

—Siempre y cuando me digas dónde está exactamente la joyería —sonrió Michiko.

—¡Oh, sí...! Está en Queen’s Road Central, casi esquina a Pedder Street, muy cerca de la casa Kodak... ¿Conoces el lugar?

—No exactamente, pero lo encontraré en el momento oportuno. Supongo que vuestra tienda se llama Ogata Jewellry, o algo así.

—Exactamente Ogata Jewellry... Todo el mundo la conoce en Hong Kong. ¿De verdad crees que podrás hacer algo para resolver esta... extraña situación, Michiko?

—Bueno... Dadas las circunstancias, no voy a pedirte que confíes

ciegamente en el personal que envía el señor Inomura, pero sí voy a pedirte que tengas confianza en mí… Y sólo en mí. ¿De acuerdo?

—Sí… De acuerdo. Voy a vestirme, y me iré en seguida… Espero que mañana reparen el acondicionador de aire, Michiko.

—No te preocupes por eso. Yo lo soporto todo.

Michiko se acercó a Kikuko, que la miraba con un gesto de desconcierto.

—Eres… extraña —murmuró.

—Y tú eres una muchacha encantadora. Tienes un cuerpo realmente espléndido, Kikuko.

Diciendo esto, Michiko puso sus manos sobre los tersos senos de Kikuko, que se envaró, quedando inmóvil, muy abiertos los ojos. Michiko se inclinó, y besó primero un seno y luego el otro. Luego, pasó una mano por la nuca de Kikuko, la atrajo, y la besó dulcemente en los labios. Kikuko Ogata sintió en su interior como un estallido que estuviese a punto de hacer reventar su piel; su rostro se sofocó intensamente.

—No hagas esto conmigo —jadeó—. ¡No lo intentes siquiera!

—Estás muy alterada —sonrió Michiko—. ¿No será que yo te gusto a ti tanto como tú a mí?

—No… ¡No! ¡Y quita las manos de mis pechos!

—Son tan hermosos y delicados… ¿No me permitirías besarlos otra vez, Kikuko?

—¡No! Y quita…, quita tus manos de mis caderas… ¡No me toques, porque soy capaz de…!

De nuevo la besó Michiko, siempre de aquel modo dulce, que hizo hervir la sangre de Kikuko Ogata. Esta lanzó una exclamación ahogada, empujó a Michiko, y salió corriendo del salón, tensando todas sus formas dulces y elásticas. Reapareció cinco minutos más tarde, ya vestida, en la puerta del salón, orientada hacia el pasillo que llevaba a la puerta del apartamento.

—¡Adiós!… —dijo con voz ahogada—. ¡No es necesario que me acompañes!

—Como quieras —aceptó Michiko—. ¡Adiós, Kikuko!

Se oyó el taconeo de la muchacha, y luego el batir de la puerta. Michiko sonrió, volvió a sentarse en el sillón, y tomó el vaso de jugo de naranja.

—Adorable —murmuró, sonriendo—. ¡Absolutamente adorable! Y sin duda alguna, tiene el cuerpo más hermoso y apetecible que haya pasado por mis manos.

Y sus labios son… frescos como la flor del cerezo en las mañanas de primavera…

CAPÍTULO III

Kikuko colgó el teléfono, y quedó pensativa unos momentos. Cuando reaccionó, y miró alrededor, vio al apuesto Kazuo, que la miraba expectante mientras una cliente examinaba una sortija frente a él, al otro lado del mostrador. Kazuo Ashida alzó las cejas con gesto interrogante, y Kikuko hizo un gesto de asentimiento.

Poco después, cuando la compradora se hubo marchado con la sortija, y la joyería quedó vacía de clientes, Kazuo se acercó a Kikuko, que estaba examinando la lista que había anotado durante su conversación por teléfono.

—Otra vez tu padre —murmuró Kazuo—. ¿Te ha pedido más material?

—Sí.

—¿Quieres que lo prepare yo en el taller?

—Te lo agradeceré, Kazuo.

—Ya sabes que lo hago con gusto —sonrió Kazuo—. Anoche te estuve llamando a tu casa después de cerrar la tienda, pero no contestaste.

—Estuve fuera hasta tarde.

—Sí, claro... Te noto como distraída estos días, Kikuko. ¿Estás preocupada por algo?

—No, no. Estoy bien.

—Verdaderamente, os agradezco a tu padre y a ti la confianza que me estáis demostrando.

—¿A qué te refieres? —le miró, sorprendida, Kikuko.

—Siempre habéis sido uno de vosotros quienes habéis cerrado la tienda. Si tu padre no está, lo haces tú. Pero anoche me dejaste aquí y te fuiste...

—¿Acaso ocurrió algo importante durante mi ausencia?

—No. Digamos que lo importante fue tu ausencia. Tengo la impresión de que está ocurriendo algo... extraño. Ya son muchos días los que falta tu padre del negocio. Nunca había estado tanto tiempo fuera. Al menos, desde que yo trabajo aquí. ¿El está bien, Kikuko?

—Ya te digo que todo va bien.

—No te molestes conmigo —susurró Kazuo—, Kikuko: ¿estuviste con un hombre, anoche?

—¿Qué significa exactamente ese *estuviste con un hombre*? ¿A qué llamas tú *estar* con un hombre?

—No he pretendido molestarte... Sólo trato de saber si hay otro

hombre en tu vida.

—¿Otro? ¿Cuál sería el primero, en ese caso?

Kazuo Ashida desvió la mirada hacia la puerta de la joyería, de cristal. A través de ella, y de los cristales de los escaparates, estuvo unos segundos contemplando, en diagonal, el intenso tráfico en Queen's Road Central, y el que desembocaba allí procedente de Pedder Street. Por delante de la joyería, por todas partes, transitaban personas de todas razas, formando una multitud abigarrada y colorida.

—Será mejor que vaya a preparar ese material —musitó.

—Sí —le entregó la nota Kikuko—, será lo mejor.

Kazuo se retiró a la trastienda, donde Hiroshi Ogata, el padre de Kikuko, tenía el taller.

En la tienda quedó sola Kikuko, mucho más preocupada de lo que había querido admitir ante Kazuo. Sí, de nuevo la habla llamado su padre, para pedirle herramientas, platino, hierro fino, más nácar... ¡Qué verdaderamente extraño era todo! Tan extraño, como el hecho de que el señor Inomura hubiese enviado a una mujer... Una mujer cuya imagen no se apartaba de la mente de Kikuko, y cuyos suaves y ardientes besos no podía olvidar de ninguna manera. Le habían gustado... ¡Qué sorprendente era aquello!

La joyería estaba llena de relojes, colgados por las paredes en todas partes, pero Kikuko miró el suyo, regalo de su padre, que lo había hecho en modelo exclusivo, sólo para ella. Hiroshi Ogata era un orfebre importante, no cabía duda de ello... Y si no fuese por la desaparición de Wai Pin y los otros dos, Kikuko habría terminado por convencerse de que nada ocurría. A lo sumo, un trabajo importante y que requería gran discreción. Pero...

Una hora más tarde, cuando Kikuko y Kazuo estaban ocupados con sendos clientes, llegó a la tienda el enviado de su padre. Era el que había estado antes, pero no el primero, sino el segundo. Miró a Kikuko, sonrió, y la muchacha le devolvió la sonrisa, haciéndole acto seguido un gesto de espera, a lo que el hombre asintió, siempre con su más cortés sonrisa. Kikuko atendió rápidamente al cliente, fue adonde había dejado Kazuo las herramientas y demás, ya preparado en un paquete, y lo llevó a la parte del largo mostrador donde esperaba el hombre.

—Está todo lo que me ha pedido... ¿Sabe si mi padre necesita algo más? —habló en japonés.

—No. Supongo que él le pide todo lo que necesita. Gracias, señorita Ogata. Y buenos días.

—Espere... Espere, por favor.

—¿Sí? Diga, señorita Ogata.

—Bueno... ¿Está bien mi padre?

—Señorita Ogata —se sorprendió el japonés—, hace una hora

que ha estado usted hablando con él, así que debería saber que está perfectamente. ¿Algo más?

—No... No. ¿Cuándo vendrá a casa?

—Eso debería preguntárselo usted a él si vuelve a llamarla, cosa que supongo hará. Perdóneme, no quisiera parecerle descortés..., pero su padre está esperando este paquete. ¡Adiós!

—¡Adiós...!

El elegante y correcto japonés salió de la joyería..., mientras Kikuko, que había corrido hacia la trastienda, accionaba las clavijas que encendían el rótulo de la fachada. Le pareció absurdo, o al menos, no tan eficaz como salir a la calle tras el hombre y señalarlo, tal como había hecho las otras veces. Lucía el sol afuera... ¿Cómo podía ver nadie que el rótulo se encendía?

* * *

Afuera, en la calle, una muchacha japonesa de aspecto muy modesto, entornó un instante los oblicuos párpados cuando captó, perfectamente, el encendido y apagado del rótulo luminoso de la Ogata Jewellry. Inmediatamente, su mirada descendió hacia la puerta, y pareció clavarse en el hombre que salía de ésta, con un paquete en la mano izquierda.

El hombre, de raza japonesa, llegó en seguida a Queen’s Road Central, caminó unos veinte metros y se metió en el parking. La muchacha japonesa corrió Pedder Street arriba, se metió en un pequeño «Ford» de color rojo y lo puso en marcha. Al llegar a la esquina con Queen's Road Central detuvo el coche, y se quedó mirando hacia el parking. Por detrás de ella, algunos vehículos comenzaron a hacer sonar el claxon... Michiko se volvió, sonrió, e hizo un gesto de paciencia, y simuló que se le había calado el motor y no conseguía ponerlo de nuevo en marcha... El japonés salió del parking medio minuto más tarde, y entonces, sí, la muchacha consiguió poner en marcha su «Ford».

Quince minutos más tarde, la ciudad había quedado atrás, y Michiko conducía por la carretera que ascendía tortuosamente hacia Victoria Peak. Delante de ella, a distancia que parecía adecuada, iba el japonés, conduciendo un «Dodge»..., y detrás de ella, a una distancia cada vez más reducida, otro coche, un «Morris» de color crema, en cuyo asiento delantero Michiko llegó a distinguir las figuras de dos hombres, mirando por el retrovisor. De cuando en cuando, el sol daba en el cristal parabrisas, convirtiéndolo en un espejo, impidiendo a Michiko ver a los dos hombres, y por supuesto, si había alguno más en el asiento de atrás.

«De modo que así fueron las cosas —pensó—. Wai Pin y los otros vigilaron la joyería, siguieron al que iba a buscar las

herramientas, y a su vez fueron seguidos… ¿Y qué más? ¿Les mataron?»

El coche que precedía a Michiko mantenía la misma marcha, en un viaje tranquilo hacia el Pico Victoria. A ambos lados se veía el apretado bosque. Detrás, el azul intenso del mar. En algunos puntos, el reflejo del sol en las blancas paredes de algunas hermosas quintas que parecían esconderse entre los pinos… De pronto, el «Dodge» aceleró la marcha, y lo mismo hizo el «Morris». Como consecuencia, Michiko perdió de vista al primero, y se encontró con el segundo casi pegado al costado de su «Ford»…

Por la ventanilla, el hombre que no conducía sacaba una imponente automática provista de silenciador, que quedó apenas a un metro de Michiko.

—¡Para! —ordenó el hombre, en japonés—. ¡Detén el coche ahora mismo!

Ni siquiera hacía falta saber japonés para comprender lo que quería aquel hombre. Michiko, que le miraba con los ojos muy abiertos, con gesto de inocente susto, asintió, y detuvo el coche. Unos segundos más tarde se detenía el otro coche, delante del de ella, y los dos hombres se apearon rápidamente, sacando el conductor su pistola, gemela de la del otro.

En aquellas circunstancias, podría haberse producido un tiroteo entre los dos japoneses y cualquiera de los tres *budokas* que se habían encontrado antes en aquella situación. Pero, en primer lugar, Michiko sabía que ninguno de los *budokas* debía haber llevado armas de fuego. Y en segundo lugar, dos contra uno, y en aquella circunstancia concreta, tenían las de ganar, aunque alguno de los dos resultara herido. Al mismo tiempo que pensaba esto, Michiko comprendió que los tres *budokas* anteriores no habían sido asesinados directamente, sin más… Las intenciones de los dos japoneses eran claras: la querían viva.

Todavía con su gesto de susto, Michiko se apresuró a salir del coche, adoptando una actitud que debía ser considerada como lógica:

—¡Oigan! —exclamó, en inglés—. ¿Qué significa esto?

Los dos hombres estaban ya frente a ella, apuntándola con sus pistolas. Pero uno de ellos se volvió a mirar hacia el «Morris» y lo señaló con el arma.

—Va a venir con nos… Visto y no visto.

Fue como un rayo descargando sobre los dos hombres.

Un velocísimo rayo que no duró ni siquiera dos segundos.

Mientras uno de los japoneses señalaba hacia el «Morris», perdió de vista a Michiko. Un instante. Sólo un instante… En ese instante, la mano izquierda de Michiko apartó con seco golpe la mano derecha del otro, desviando así la pistola; la mano derecha de Michiko, plana y

rígida, con la palma hacia arriba, llegó en tremendo impacto con las puntas de los dedos a la garganta del hombre, que emitió un ronquido fortísimo, y cayó como fulminado.

El otro ni siquiera tuvo tiempo de volverse. Las dos manos de Michiko asieron la suya armada, tiraron de él, le hicieron girar como un muñeco sin fuerzas, y lo llevaron de cara hacia el coche «Ford». El rostro del japonés crujió contra la chapa metálica, la pistola escapó de su mano, un chorro de sangre brotó de su nariz, cayó de rodillas, siempre sujeto por Michiko, y de espaldas a ésta, y una rodilla de la japonesita le golpeó en la parte posterior de la cabeza. El hombre volvió a chocar de cara contra el «Ford», rebotó, y quedó tendido en la carretera en grotesca postura.

Fin.

Apenas dos segundos.

Michiko recogió inmediatamente las dos pistolas, y las tiró terraplén abajo, lejos, por entre los pinos, mientras miraba si alguien bajaba o subía por la empinada carretera. Nadie subía, nadie bajaba.

Con una fuerza que habría sorprendido a cualquiera, Michiko asió a uno de los hombres por la ropa de la espalda, lo alzó, y lo llevó hacia el «Morris». Lo tiró en el asiento posterior, regresó, asió al otro del mismo modo, y lo colocó también en el asiento posterior. Dejando allí aquellos dos guiñapos, Michiko volvió al «Ford», lo puso en marcha, y continuó la persecución del «Dodge», que le llevaba como mínimo quince segundos de ventaja.

—Ahora vuelvo —dijo, amablemente—: el tiempo justo de ver adónde va vuestro amigo.

Continuó carretera arriba..:, pero se detuvo con seco frenazo cuando miró por el retrovisor hacia el «Morris», que se estaba desplazando... hacia atrás.

—¡No habían puesto el freno! —exclamó.

Salió del coche rápidamente, y pareció que estuviese dispuesta a echar a correr hacia el «Morris», pero desistió en seguida: jamás podría llegar a tiempo... El «Morris» se iba desplazando hacia atrás cada vez más de prisa, suavemente, como una masa extraña, reluciente al sol. Llegó a la suave curva, y en un instante desapareció de la vista de Michiko. El crujir de la carrocería llegó hasta la japonesita, luego un fuerte golpe, otro... Un estallido. Y una nube negra apareció, súbitamente, por encima de las copas de los pinos.

Michiko apretó los labios, volvió a colocarse ante el volante del «Ford» y se lanzó, a toda velocidad, carretera arriba.

Quizá todavía estuviese a tiempo de saber adónde iba el «Dodge». Por fortuna, era de día, y eso ampliaba muchísimo sus posibilidades de localizarlo de nuevo.

* * *

Debían ser alrededor de las siete y media cuando sonó el teléfono en la joyería. Kazuo Ashida, que estaba más cerca del aparato, atendió la llamada. En seguida miró a Kikuko, y le hizo una seña.

—¿Quién es? —preguntó la muchacha, acudiendo.

—No lo ha dicho. Es una mujer. Kikuko tomó el auricular.

—¿Sí? —musitó.

—Sí, sí, soy yo...

—Espera... Espera un momento. Hay mucho ruido aquí... Iré al teléfono del despacho. Colgó, y se metió en la trastienda, donde estaba el pequeño despacho de la joyería. Se sentó tras la mesa, y descolgó el auricular del teléfono que había en una esquina.

—Dime, Michiko.

—Si, claro que podemos vernos. ¿Qué ocurre?

—...

—Está bien. Puedo estar allí poco después de las ocho...

—No, no... Prefiero no dejar otra vez a Kazuo para que cierre él. Está intrigado, hace muchas preguntas.. Es mejor que cierre yo, así todo parecerá más normal. Michiko, encendí y apagué el rótulo, tal como me dijiste. ¿Has conseguido...?

—¡Sí, sí, está bien, ya hablaremos luego! Esperaré a que Kazuo se marche, cerraré yo la tienda, y saldré unos minutos después, para ir allá... Hasta luego, Michiko.

Oyó el chasquido del otro auricular al ser colgado. Lo hizo ella, frunció el ceño un instante, y luego regresó a la tienda. La verdad era que no le gustaba mucho el lugar donde la había citado Michiko, pero, en fin...

A las ocho y veinticinco, Kikuko llegaba, a pie, al lugar de la cita. Se quedó delante del local, cuyo nombre era El Farolillo Rojo. Una especie de pub *de* aspecto más que aceptable, pero ubicado en una calle que no le inspiraba confianza alguna a Kikuko. De todos modos, tenía que disculpar a Michiko, ya que no podía conocer las particularidades de Hong Kong como ella, claro. Todavía se volvió para mirar hacia el mar, más allá del cual se veían, como al alcance de, la mano, las luces de Kowloon.

Entró en el local. Había un largo mostrador, a la izquierda. A la derecha, asientos dispuestos como los de un avión, ocupados por gentes diversas, pero siempre con predominio de chinos. Un camarero chino, tras el mostrador, la estaba mirando sonriente, y señalando hacia el fondo del local. Sorprendida, Kikuko miró hacia allí, y en el último asiento vio a Michiko, de pie, haciéndole señas para sentarse en cuanto ella la vio.

Segundos más tarde, Kikuko se sentaba frente a Michiko, dejando entre ambas una estrecha mesita, en la que humeaba un servicio de té.

—¡Hola! —sonrió Michiko—. ¿Quieres té?

—Bueno.

Michiko se lo sirvió, mirándola con amable atención. Kikuko volvió la cabeza. Parecía que nadie les prestaba excesiva atención.

—Podíamos habernos visto en tu apartamento —indicó—. O en el mío.

—Estamos bien aquí... —negó Michiko—. Dime si algo de lo que voy a enseñarte te resulta familiar.

Colocó sobre la mesa el maletín forrado de negro, lo abrió apenas tres o cuatro centímetros, y con dos dedos retiró de su interior un sobre, que empujó hacia Kikuko. Luego cerró el maletín, lo dejó en

el asiento de al lado, y encendió un cigarrillo. Kikuko abrió el sobre y sacó un montón de fotografías. Miró sorprendida a Michiko.

—¿Qué es esto? ¿De dónde las has sacado?

—Son fotografías, y las he sacado de una cámara fotográfica. Por favor, examínalas bien. En especial, a los hombres que verás en ellas.

Kikuko comenzó a mirar las fotografías. La primera mostraba una hermosa quinta rodeada de pinos. Luego, la misma quinta, pero tomada más de cerca. La misma quinta, pero ahora había dos hombres en el jardín, frente a la casa. Michiko acercó más aquella fotografío, miró a los dos hombres y, en seguida, sorprendida, a Michiko.

—¡Está aquí el hombre que vino a buscar las herramientas esta mañana! —exclamó—.

¡Y también el otro! Estos dos son los que se han turnado en venir a recoger lo que me pedía mi padre.

—Espléndido. Sigue mirando.

La siguiente fotografía mostraba a los dos hombres caminando hacia un edificio más pequeño, que, evidentemente, era el garaje. Luego, se veía un «Dodge» rodando por el sendero, hacia las verjas de la quinta. De nuevo la casa, en otra fotografía; ahora, delante de la casa había un coche que no era el «Dodge»; en la puerta de la casa había un hombre, mientras que otros dos salían del coche... En la siguiente fotografía estaban los tres hombres ante la puerta, dos de ellos dándose la mano. En la siguiente, los tres hombres entraban en la casa. En la que venía luego se veía, muy ampliado, el rostro del hombre que había estado esperando en la puerta. Seguían más fotografías de ampliaciones de aquel rostro, y de los de los dos visitantes. Los tres eran japoneses. Eso era todo.

Kikuko alzó por fin su estupefacta mirada hacia Michiko.

—¿Cómo has conseguido estas fotografías?

—Seguí al enviado de tu padre, conseguí saber adónde fue, y luego me procuré una cámara fotográfica con teleobjetivo. Volví allá y estuve hasta las cinco de la tarde tomando fotos desde varios puntos. ¿Conoces a alguno de esos hombres? Me refiero a los que entran en la casa en una de las fotos.

—No... No.

—¿Estás segura?

—¡Claro! Nunca los había visto antes. ¿Quiénes son?

—Divertida pregunta —refunfuñó Michiko—. Si supiese quiénes son no habría tenido necesidad de preguntártelo. Pensé que podían ser amigos... o clientes de tu padre.

—No... Al menos, yo no los conozco. ¿Por qué pensaste eso?

—Porque creo que tu padre está en esa casa, en la zona residencial del Peak. Cuando menos, tendría sentido que estuviese ahí, ya que el hombre que fue a recoger las herramientas fue a esa casa. Y

pensé que si eran amigos de tu padre, las cosas podrían ser explicadas de algún modo... razonable. Pero si no les conoces, no habrá más remedio que procurarnos información por nuestra cuenta. Veamos, yo he conseguido saber, buscando en el directorio telefónico la dirección de esa casa del Peak, el nombre del propietario; bueno, digamos que sé el nombre del usuario del teléfono: Takahiko Ugaki... ¿Te suena?

—No.

—Mira el coche. Quizá lo conozcas... Me refiero al que hay delante de la casa, del que salen los dos visitantes de quien vamos a suponer que es Takahiko Ugaki... ¿Conoces el coche? ¿La casa, quizá? Míralo todo de nuevo.

Kikuko obedeció. Pero cuando terminó volvió a mover negativamente la cabeza.

—Lo siento, Michiko; todo esto es nuevo para mí.

Durante unos segundos, Michiko estuvo mirando la punta del cigarrillo que estaba fumando. De pronto, su mirada pareció saltar hacia Kikuko, que la contemplaba expectante, admirada.

—Mira, Kikuko, yo tengo algunos buenos amigos en Hong Kong, por medio de los cuales podría averiguar muchas más cosas sobre esta quinta, su propietario, el propietario del coche... Podría conseguir muchísima información en muy poco tiempo, movilizando a esos amigos. Pero no pienso hacerlo. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué? —abrió aún más los ojos Kikuko.

—Porque no quiero complicarles la vida con un asunto en el que nada les va ni les viene, y que, si he de decirte la verdad, a mí mismo me está pareciendo absurdo..., casi estúpido. Realmente, lo que yo tendría que hacer ahora, puesto que tengo la seguridad de que tu padre está en esa quinta, es dejar el resto en tus manos: podrías ir allá, o avisar a la policía... A tu gusto. Eso sería lo sensato. Pero no quiero defraudar al señor Inomura, así que voy a seguir adelante. Ahora bien: si las personas en las que yo debería confiar me mienten, es inútil que yo haga nada, ¿no te parece?

—No..., no te comprendo...

—Tu padre está en esta casa —Michiko tocó las fotografías—. En cuanto a Wai Pin, Yoshio Asakura y Bunji Uesugi, tengo motivos para pensar que están vivos, pero retenidos. Ahora te pregunto: ¿quién involucró a esos tres hombres en este asunto?

—Pu... pues... Bueno, creo que fui yo... ¿No?

—Evidentemente, fuiste tú. Ahora, ellos han desaparecido, y si no he desaparecido igualmente, se debe, sin duda, al hecho de que, al ver a una mujer, los dos sujetos del coche se confiaron, cosa que no debieron hacer con Wai Pin y los otros dos...

—¿Qué sujetos del coche?

—Dos sujetos, armados con pistolas con silenciador, que me

pararon en la carretera. Ahora, están muertos.

—¿Los has matado? —exclamó Kikuko.

Michiko le dirigió una torva mirada.

—Kikuko —dijo, fríamente—, a mí nunca me ha tomado el pelo nadie. Quiero decir que quien ha querido burlarse de mí lo ha pagado muy caro... No hagas caso de mi dulce aspecto. Por si ha de servirte de algo, te diré que no soy lo que parezco.

—Yo... no comprendo... nada de lo que estás diciendo.

—¿Ni tienes nada que decirme? ¿No tienes nada que decirme sobre tu padre, sobre los hombres de las fotografías, sobre los tres *budokas* desaparecidos?

—No... ¡No!

—Está bien. Por afinidad... espiritual con los tres *budokas* desaparecidos, y por afecto al señor Inomura, voy a seguir adelante con esto..., a mi manera. Pero te lo advierto: a mí no me cuesta nada cortar una cabeza, Kikuko.

—No estás... hablando en serio.

—¡Claro! —sonrió de pronto encantadoramente Michiko—. Es todo una broma. Bueno, toma tu té. ¿O quizá lo prefieres frío?

—No, no... Así está bien. Michiko, tú..., tú parece que desconfías de mí.

—¿No tengo motivos?

—¡Claro que no!

—Entonces, no te preocupes. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias...

Michiko se lo encendió y se lo tendió, mirándola siempre con suma atención. Por supuesto, no era ninguna fanfarronada que podía recurrir a amigos que la ayudarían muy eficazmente, pero, por el momento, prefería continuar en solitario con aquel asunto que, o era mucho más complicado de lo que parecía, o era absurdamente sencillo. Ni siquiera hacía veinticuatro horas que había llegado a Hong Kong, y ya había localizado a Hiroshi Ogata, el padre de Kikuko. Y, en definitiva, eso era lo que había ido a hacer a Hong Kong. Pero...

—¿Qué estás pensando? —la sorprendió Kikuko, con la pregunta.

Michiko frunció el ceño un instante, antes de sonreír.

—Estaba pensando en ti y en Kazuo —mintió tranquilamente—. ¿Continúas sin querer acostarte con él?

—¡Eso no te importa!

—Bueno, tranquilízate, mujer. Sólo me estaba interesando por tu equilibrio, tanto en el aspecto físico como en el emocional.

—¿Quieres decir que soy una... desequilibrada? —casi gritó Kikuko.

—No lo sé... —rió Michiko—. Pero sí sé que todo cuerpo

necesita un... complemento de placer y alegría. A tu edad, ya deberías saber esto. ¿O quizá lo sabes, aunque no haya sido con Kazuo?

—No tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida íntima.

—Tienes razón —suspiró Michiko—. ¡Bueno, adiós!

—¿Adiós? ¿Te vas?

—Nos vamos las dos. Ignoro tus planes para esta noche, pero yo tengo cosas que hacer... Es posible que todo se complique un poco, Kikuko, de modo que sería conveniente que estuvieses en tu apartamento por si llegaba a ser conveniente tu ayuda en algún sentido.

—Está bien. Mi apartamento está en...

—Ya sé dónde está el apartamento en el que vivís tu padre y tú —alzó las cejas

Michiko, divertida—. Creo haberte dicho que antes he consultado el listín telefónico.

—¡Oh! Sí, claro... ¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Intentarás ponerte en contacto con mi padre?

—No lo sé —murmuró Michiko.

—Me... me parece que he sido una tonta complicando tanto las cosas.

—Así lo pensaría yo, definitivamente, si no hubiesen desaparecido tres *budokas*... y no hubiesen entrado en el juego dos hombres armados de pistolas automáticas con silenciador.

—¿Cómo... cómo los... los mataste?

—Pues verás... Primero, les saqué los ojos. Luego, les corté las orejas y la lengua, y después me dediqué a ir clavándoles cañas de bambú en los mondongos. Entonces, cuando estaban gritando, me dio pena que estuviesen sufriendo tanto, y les corté la cabeza.

Kikuko Ogata, que había palidecido, consiguió al fin cerrar la boca y colocar los párpados en posición normal.

—Eres... eres... ¡eres una estúpida! —jadeó.

—Yo pagaré la cuenta —rió Michiko—. ¡Adiós! Y no olvides que esta noche, aunque te procures compañía para la cama, debes estar en tu apartamento. Adiós.

CAPÍTULO IV

Michiko estuvo mirando a Kikuko hasta que ésta abandonó, con airoso paso, El Farolillo Rojo. Inmediatamente se puso en pie, fue también hacia la puerta, siempre cargada con su maletín negro, y, al pasar frente al camarero chino que le había hecho la seña a Kikuko, le tendió unos billetes, musitando:

—*Arigato.*

El chino se embolsó rápidamente el dinero, y sonrió. Podía entender o no el japonés, pero sí entendía de dinero, y eso era lo que le importaba.

En cuanto a Michiko, lo que le importaba era Kikuko. La vio de espaldas, alejándose rápidamente.

«Vamos a ver si eres una chica obediente», pensó Michiko.

Sosegadamente se lanzó en pos de Kikuko, sin darle la menor importancia. Puesto que había decidido dejar escondido el alquilado coche «Ford», después de haberlo estado utilizando todo el día, podían surgir complicaciones si Kikuko tomaba un taxi; pero era de esperar que si habían taxis por allí para Kikuko, también los habría para Michiko.

A los pocos segundos, Michiko sabía ya que si habían de surgir complicaciones no sería debido a Kikuko, precisamente. Ni siquiera tuvo que volver la cabeza para saber que, tras ella, caminaba alguien, manteniendo la distancia. A su fina percepción especial se unió la de su oído: dos hombres. Continuó caminando tranquilamente detrás de Kikuko, observando sus esbeltas y preciosas piernas, su graciosa figura delicada, bellísima... Sabía que no le iban a disparar por la espalda, pues eso ya habría sido llevado a cabo... con menor o mayor éxito. Simplemente la seguían. ¿Para qué?

«Muy bien —se dijo—, ¿qué tiene de malo el diálogo?»

El diálogo se produjo apenas cinco segundos más tarde. Oyó la aceleración de los pasos de los dos hombres, y fingió, con su gran maestría, un gran sobresalto cuando apareció uno a cada lado de ella, y el de la derecha dijo:

—Sigue caminando, preciosa: estás invitada a un paseo en automóvil.

Miró vivamente a uno y otro hombre, *asustadísima.* No eran japoneses, sino chinos, y, al menos el que se había dirigido a ella, parecía preferir el inglés como idioma de comunicación.

—¿Qué... qué dice...? ¡Oiga...!

—Será mejor que cierres esa preciosa boquita —dijo el otro, también en inglés—, o te la vamos a dejar sin dientes.

—Además —añadió el que primero había hablado—, podemos llenarte las tetas de balas. ¿Qué te parece?

Michiko quedó sumida en un silencio que, con lógica, sólo podía ser atribuido al miedo.

En la siguiente esquina, los hombres desviaron la dirección de la marcha, así que en pocos segundos Michiko perdió de vista a Kikuko. Muy bien: ¿querían darle un paseo en coche? Pues pasearían en coche.

El coche apareció, unos tres minutos más tarde, cuando estaban en una calle más amplia. Se detuvo junto al bordillo cuando los tres se colocaron allí, y uno de los secuestradores abrió la puerta derecha de atrás, y entró. El otro empujó a Michiko, entró tras ella, y la bella japonesita se encontró entre ambos. Al volante había otro chino, que habló unas palabras en este idioma con los dos de atrás, recibió una breve respuesta, y se dedicó de nuevo al volante.

—Ustedes... ustedes se han equivocado conmigo... —tartamudeó Michiko, siempre en magnífica representación teatral.

—¿Nos hemos equivocado? —la miró sorprendido el de su derecha—. ¿En qué?

—Pues creo..., creo que no debe ser a mí a quien buscan...

—¿A quién supones que buscamos? —preguntó el otro.

—A Kikuko Ogata... ¿No? Se han equivocado. Ella...

—No nos hemos equivocado. Sabemos quién es y cómo es Kikuko Ogata, y sabemos muy bien que a ella no debemos hacerle el menor daño. Es a ti a quien buscamos, porque tú debes ser la mujer que esta mañana seguía a Tomoo desde que salió de la joyería de Ogata. Tomoo asegura que, le seguía una mujer japonesa, pero como sabía que los otros la cazarían, no se preocupó. Sin embargo, los otros fueron encontrados más tarde, muertos, carbonizados dentro de su coche... ¿Tú sabes lo que ocurrió?

—¡No sé de qué me están hablando! —gimió Michiko.

—Dentro de unos minutos te refrescaremos la memoria. Ya verás cómo recuerdas todo lo que nosotros queremos que recuerdes. Podríamos llevarte con la vieja, pero no sería tan divertido para nosotros. Preferimos llevarle resultados; ya basta de prisioneros.

—¿Qué prisioneros? ¿Quién es la vieja?

—Pues una vieja —rió el otro—. No te gustaría nada conocerla, te lo aseguro. Y dudo mucho que tu resistencia fuese tanta como la de los otros. Sí..., tanta resistencia, que hemos llegado a aceptar que nos equivocamos con ellos. Pero no contigo, ¿verdad? Vamos, sé una chica inteligente y conversemos por las buenas. Lo pasarás mejor.

—Yo..., yo no entiendo nada... ¿Adónde me llevan?

—¡Al bosque, para que te coman las fieras! —rió el chino que

conducía. Los otros también rieron.

El viaje duró poco más de veinte minutos. La ciudad había quedado atrás y abajo, como un estallido de luces. Pero, en contra de lo que había creído Michiko, no la llevaron hacia el Peak, hacia la casa que había estado fotografiando aquella mañana, sino hacia otro lugar, que podía ser Mount Nicolson, o quizá Mount Cameron... La circulación, por allí, era prácticamente nula. Por encima de ellos habían pasado un par de aviones, evolucionando para disponerse a tomar tierra en Kai Tak Airport, en Kowloon.

La decepción de Michiko era grande. Ella estaba dispuesta a conversar, ciertamente, pero a un nivel superior, es decir, con alguien de la quinta, alguien importante, que pudiese aportar luz al extraño asunto. Por eso había aceptado tan mansamente el paseo en automóvil. Pero, ya terminado éste, y decepcionada respecto al nivel de sus anfitriones, simples matones a sueldo que sólo pretendían que hablase ella, la situación no le gustaba. No hablaría con nadie importante, no podría obtener la seguridad de que Hiroshi Ogata estaba en la quinta...

—Bueno, hemos llegado. Ahora verás las fieras.

El que había hablado esperó a que el coche terminase de pararse, fuera de la carretera, entre unos pinos; llegaba allí, como una mezcla extraordinaria, el resplandor de las luces de la ciudad, reflejándose en el nuboso cielo. El hombre salió entonces del coche, y se volvió.

—¡Vamos, sal de ahí! —gruñó.

—No..., no me hagan daño...

—No, mujer... ¡Sólo vamos a violarte! —rió una vez más el conductor, vuelto hacia ella—. Aunque a lo mejor prefieres colaborar, y convertir la fiesta en un placer para los cuatro. ¿Qué dices? ¿Eh? ¿Te gusta que te cabalguen a las buenas o a las malas?

—¡Venga, sal ya! —la empujó el que tenía todavía sentado a su lado—. Primero nos dirás todo lo que queremos saber, y luego ya veremos de qué modo jugamos todos.

Michiko miraba de uno a otro con los ojos muy abiertos, siempre con perfecta expresión de miedo. Asió el maletín, que había llevado todo el tiempo sobre las rodillas, y salió del coche, inclinándose. Frente a ella estaba el chino que se había apeado ya, esperándola con impaciencia.

—Trae eso acá —gruñó—: no vas a necesitarlo para nada.

Su rápida acción sorprendió a Michiko, que, en la difícil postura en que se hallaba en aquel momento no pudo ni siquiera intentar retener el maletín. Le fue arrancado de la mano, y tirado lejos, hacia unos arbustos. Hasta entonces no le habían hecho caso al maletín, y justamente cuando había empezado a pensar que había llegado el

momento de utilizar su contenido, lo perdía...

Y tampoco pudo ni siquiera pasar al ataque entonces, porque por detrás de ella, una mano le golpeó groseramente en las nalgas, empujándola de modo que cayó junto al coche, delante del chino, mientras dentro resonaba la risotada del otro.

—¡Buen trasero...! —exclamó el chino de las manos largas.

Michiko se puso en pie, sin prisas. En un instante se encontró rodeada por los tres chinos. A la incierta luz difusa, veía el relucir de sus pequeños ojos negrísimos, como sucios espejos.

—Lo he pensado mejor —dijo uno de ellos—, y en lugar de meterte unas balas en los pechos, he pensado otra cosa... ¡Empieza a desnudarte, preciosa!

—No... No, no...

—No seas impaciente —dijo otro de los chinos—. Antes, ella tiene que decirnos qué pasó con Tamaki y Kameshiro... ¿Qué pasó con ellos, muñeca?

—No sé quiénes son ésos...

—Son los dos hombres que te seguían a ti cuando tú seguías a Tomoo. Los que fueron encontrados carbonizados en su coche... ¿Qué ocurrió?

—¡No lo sé! Yo no sé nada de eso... Sólo soy una amiga de Kikuko, que me estaba explicando en El Farolillo Rojo que está muy preocupada por su padre, porque no sabía dónde está, pero suceden cosas extrañas...

—¡Ah...! ¿Y con quién más ha hablado Kikuko Ogata de eso?

—Con nadie. Estoy segura de eso, porque me lo dijo. Me ha dicho que está asustada, pero que no quiere explicárselo a nadie porque teme que algo le pueda ocurrir a su padre.

—Estupendo. Buena chica... O sea, que los tres tipos que cazaron Kameshiro y Tamaki, y que luego nos entregaron, no saben nada de nada...

—No digas tonterías —cortó otro de los chinos—.

Sería demasiada casualidad que esos tres hombres, uno tras otro, hubiesen estado siguiendo a los japoneses. ¡Esta perrita lista está intentando engañarnos!

—No —gimió Michiko—. Yo no...

—¡Empieza a desnudarte! ¡Ya verás cómo te convencemos de que debes decirnos toda la verdad!

—¡No, no...!

De los tres chinos, dos de ellos empuñaban sus armas. Las guardaron con gesto brusco, y se acercaron a Michiko, agarrándola por los brazos con fuerza. El tercero rió, se acercó y metió la mano por el escote del vestido.

—¡Vamos a ver qué tal tienes las...!

Se quedó como petrificado. Sus ojos parecían ascuas en la penumbra del bosquecillo.

—¿Qué pasa? —rió otro—. ¿No le encuentras nada?

El que tenía la mano en el escote la retiró vivamente, y la llevó hacia el bajo vientre de

Michiko. Soltó un fortísimo respingo, y retrocedió un paso, desorbitados los ojos.

—¡Pero...! —empezó a mostrar su sorpresa. Era el momento óptimo.

Los otros dos estaban más pendientes de su compañero que de Michiko. Y el primero, el que estaba ante ella, se hallaba tan sorprendido que su capacidad de reacción debía estar a un nivel bajísimo. Entonces, en el momento óptimo, Michiko entró en movimiento: su pierna se alzó, con terrible fuerza, y el pie fue a hundirse entre las ingles del chino que tenía delante, que lanzó un berrido y saltó como un conejo cazado en plena carrera.

Al instante siguiente, con un simple gesto hacia atrás de sus sujetos brazos, Michiko golpeó hacia atrás con los puños, acertando de lleno a los otros dos en la misma zona íntima. Los impactos fueron mucho menos fuertes, pero sí dolorosos y, sobre todo, tan sorpresivos, que los dos chinos soltaron los brazos de Michiko y retrocedieron, llevándose las manos al lugar golpeado mientras soltaban un bufido.

Ante ellos, Michiko se convirtió en una sombra cuya velocidad estuvo fuera de toda posible reacción por parte de los chinos: saltó en el aire, rodó por el suelo, y desapareció entre los arbustos sobre los cuales había sido tirado su maletín segundos antes. Cuando, todavía no recuperados, los dos chinos sacaron de nuevo sus armas, la bella y delicada muchacha japonesa había desaparecido entre las sombras. Pese a esto, los dos chinos dispararon hacia los matorrales, que se agitaron suavemente, desprendiendo pequeñas partículas de hojas. Los *plop, plop, plop, plop* de los disparos cesaron, y se hizo el silencio. A poca distancia de sus compañeros, el chino que había recibido el puntapié en los genitales estaba haciendo esfuerzos por ponerse en pie.

Fue rápidamente ayudado, y, tras aspirar varias veces el aire con avidez, pudo jadear:

—¡Es un hombre!

—¿Qué...?

—*¡Es un hombre!* ¡Nos ha estado engañando, tenemos que atraparlo sea como sea!

—Vamos a por él —graznó otro—. ¡Será fácil, porque está desarmado!

Por entre los matorrales, unos quince metros más allá, Michiko estaba arrodillada ante su abierto maletín, del cual sacó tres alargados

estuches. Cada uno de esos estuches contenía un objeto metálico, que relució en la oscuridad, disipada por el lejano resplandor de la ciudad. En un instante, los tres objetos metálicos estuvieron fuera de sus estuches, y Michiko los ensambló rápidamente, encajándolos unos en otros. Dos partes eran la hoja, y la otra era el largo y adornado mango de la *katana,* el terrible, famoso, siempre venerado sable de los guerreros *samurái.* La perfección de su construcción era tal, había corrido a cargo de un maestro japonés tan experto, que ni siquiera a la luz del día se podía haber notado que era un sable por secciones.

El maletín y los estuches quedaron a un lado, y el sable, ya completo, lanzó destellos a todos lados... Cada vez más cerca, se oía el avance de los tres chinos, que por supuesto, ya no pensaban confiarse, ni guardar sus pistolas, en modo alguno.

—Ahora vais a ver...

Con un habilísimo y velocísimo gesto, Michiko colocó el sable en el cinturón que sujetaba su falda, por supuesto también especial; pero no al costado, sino atrás, a la espalda, de modo que podía avanzar de frente sin que el brillo del arma delatase su presencia. Fue un gesto como un relámpago, preciso, exacto. El desplazamiento de Michiko hacia una zona aún más oscura fue como el de una auténtica sombra.

Segundos después, los tres chinos, separados unos de otros unos tres metros, aparecieron, batiendo el terreno formando un pequeño semicírculo. A su paso crujían la hojarasca, los matorrales, la tierra, rodaban algunas piedras... Eran torpes como elefantes viejos...

Michiko llevó la diestra hacia atrás, la movió, y la *katana* reapareció, como una ráfaga de luz de estrellas. La empuñó con las dos manos, miró hacia los tres hombres, esperó dos segundos más, y saltó hacia ellos.

—*¡Doyoooíiii...!* —resonó el *Kiai,* brotando directa mente del vientre de Michiko.

Toda su energía vital estalló con aquel grito brotado de lo profundo de sus entrañas. Un grito espeluznante por su potencia, su vibración, su sonoridad increíble y desconocida. Fue como un grito paralizante, aterrador, que hizo respingar a los tres chinos, y, por un segundo, anuló toda su capacidad de reacción, de comprensión, todos sus reflejos...

Por delante de ellos, como un rayo, pasó la *katana,* describiendo velocísimos movimientos.

Con el primero da ellos el sable cercenó, a la altura del codo, el brazo derecho del chino más cercano. Brazo que saltó, con la mano todavía cerrada sujetando la pistola automática. El chino lanzó un alarido horripilante, y cayó de espaldas, dejando por encima de él un chorro de sangre, que pareció lanzado por una manguera.

Aún estaba este hombre cayendo cuando la cabeza del segundo

saltaba por el aire, arrancaba por el limpio y fortísimo mandoble, en círculo perfecto.

En este horror visto y no visto, el tercer chino sólo pudo o supo hacer una cosa: volverse dando frente al rayo reluciente, y comenzando a mover la pistola en aquella dirección. Su rostro desencajado era una mancha blanca, los ojos parecían a punto de saltar de las órbitas.

Ni siquiera pudo apretar el gatillo.

La *katana* llegó, describió media circunferencia, y se hundió de punta en su vientre, con tremendo impacto, y salió casi un palmo por la espalda... En el aire todavía estaba vibrando el *Kiai* de Michiko cuando la pistola del tercer chino escapó de sus inertes dedos. Descompuestas sus facciones en el terror de la súbita llegada de la Muerte, sus ojos, prácticamente fuera de las órbitas, todavía pudieron captar, por un segundo más, toda una eternidad, las facciones petrificadas de Michiko, que retiró con seco gesto el sable.

Como en la penetración, la retirada fue tan veloz y poderosa, que el cuerpo del chino apenas se movió, no fue zarandeado. Simplemente, se desplomó a los pies de Michiko.

Esta volvió la cabeza hacia donde se oían los gemidos, y, sujetando ahora la *katana* con una sola mano, fue hacia donde yacía el chino cuyo brazo derecho había sido cortado. Michiko se acuclilló junto al hombre, que, tendido de cara al cielo, le miró con expresión enloquecida.

—Quizá podría contener la hemorragia todavía, si me dijeses quién es la vieja, y qué está ocurriendo con Hiroshi Ogata —dijo, con voz sin inflexiones—. ¿Quieres salvar la vida?

—No —jadeó el chino—. ¡No quiero!

—¿Prefieres morir, a carecer de un brazo?

—¡Sí!

—¡Pues muere!

Michiko se irguió. Estaba convencida de que el chino gritaría pidiendo su ayuda, de que se aferraría a la vida con o sin brazo derecho. Se quedó mirándole, pero el chino no decía nada. Ya ni siquiera gemía... De pronto, un profundo suspiro brotó de su pecho, y eso fue todo. Junto a él, la tierra se estaba empapando en sangre.

Durante unos segundos, Michiko permaneció inmóvil, contemplando aquel cadáver.

Luego, limpió la *katana* en las ropas del muerto, y fue en busca del maletín y los estuches. Guardó el sable en éstos, de nuevo desmontado, lo metió en el maletín, y lo cerró. Se dedicó a recoger las pistolas de los tres hombres, pasando indiferente junto a la cabeza cortada.

Las tres pistolas eran idénticas... e idénticas, a su vez, a las de

los dos japoneses que la habían abordado en el Peak, cuando seguía al otro, que parecía llamarse Tomoo. Cinco armas idénticas; automáticas, con silenciador, veinte disparos... Las guardó en el maletín y volvió a mirar a los chinos. Acabó por decidir que no era fácil que les encontrasen allí, así que se desentendió de ellos y fue hacia donde había quedado el coche; se puso al volante y se alejó de aquel lugar de silencio y de muerte.

Quizá encontrase alguna pista dentro del coche, cuando, ya en un lugar menos comprometido y con más luz, lo registrase.

Pero, de todos modos, realmente, Michiko ya tenía una pista. No podía estar más clara.

CAPÍTULO V

Kikuko abrió la puerta del apartamento, y sus ojos se abrieron mucho, primero con expresión de sorpresa, y en seguida, de sobresalto.

—Michiko —exclamó—. ¿Ha sucedido algo?

Michiko entró en el apartamento, cerró suavemente la puerta y se quedó mirando con terrible fijeza a la muchacha.

—¿No lo sabes? —preguntó.

—¿Yo? ¿Qué he de saber?

Por un instante, los bien dibujados labios de Michiko se apretaron con seco gesto. Luego, la bella japonesita señaló hacia el interior del apartamento. Kikuko dio media vuelta, y caminó hacia allí. Llegaron los dos al salón, que fue examinado por Michiko con velocísimo vistazo.

—¿Estás sola? —preguntó.

—Sí... Sí, claro...

—Como te veo tan... sugestiva...

Kikuko se miró. Cierto. Llevaba sólo una camisita que ni siquiera le llegaba a los muslos, y eso era todo. Incluso iba descalza. La esplendidez de su cuerpo resaltaba con la bonita prenda casi transparente.

—Yo..., yo soy muy calurosa...

—Sí, ya sé eso. ¿Tampoco aquí funciona la refrigeración?

—¡Oh, sí!... Pero prefiero ir más fresquita de ropa que poner una temperatura demasiado baja. Mi piel es muy sensible y podría enfriarme.

De nuevo se quedó Michiko mirando fijamente a Kikuko. Sin decir palabra, de pronto, dio la vuelta y salió del salón. Regresó medio minuto más tarde, ya convencida de que, realmente, Kikuko Ogata se hallaba sola en el apartamento.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó Kikuko.

La cabeza de Michiko se ladeó, la mirada de sus negros ojos no podía ser más torva, más maligna.

—Te lo dije, pero no quisiste creerme, según parece: yo no soy lo que parezco, Kikuko.

—No..., no comprendo... Sí, recuerdo que me dijiste...

—¿Quién es la vieja? Kikuko quedó estupefacta.

—¿La vieja? —musitó.

—Kikuko: acabo de matar a tres hombres. Tres chinos, que me

llevaron a Maunt

Cameron para violarme y hacerme preguntas...

—¡Oh! —gimió Kikuko, llevándose las manos a la boca—. ¡Oh! Michiko hizo un gesto de impaciencia.

—Escucha, en cuanto a representaciones teatrales, a mí no tienes que enseñarme nada. Hace ya mucho tiempo que aprendí a representar cualquier papel, así que no me impresionas. Ahora, vamos a hablar claro. ¿De acuerdo?

—Yo... Yo hablaré claro si... si me dices lo que ocurre y llego a entenderlo, Michiko...

—De acuerdo. Siéntate.

Se sentaron las dos. Michiko aguzó el oído... Le había parecido oír algo, pero no... No. Estaban solos. Encendió un cigarrillo, y acto seguido explicó a Kikuko lo ocurrido, silenciando sólo los detalles peculiares de su personalidad. Cuando terminó, Kikuko estaba tan impresionada que Michiko pensó que, o bien la muchacha era sincera, o simplemente tenía que admitir que era más comedianta que ella.

—Pero todo eso... ¡es horrible, Michiko!

—No ha sido culpa tuya. Te aseguro que no siento ningún placer matando. Pero la situación estaba bien clara: o mataba, o me mataban. De todos modos, vamos a dejar esa cuestión. Tengo otras más interesantes... Por ejemplo, ¿por qué aquellos chinos que dijeron conocerte perfectamente, aseguraron que a ti no había que hacerte el menor daño, mientras que se disponían a violarme a mí, y a matarme?

¿Por qué a ti no?

—¡No lo sé! Ni sé quién es la vieja... ¡Michiko, no lo sé!

—Considerando la situación con el más estricto sentido común, quizá debería creerte, ya que si tienes algo extraño que ver con todo esto, no necesitaban enviar tres chinos a matarme, después de hacerme preguntas. Podrías haber insistido en hacérmelas tú, aparte de que, aunque por encima, tú sabías lo que realmente ocurrió en el Peak. Pero hay algo que te acusa, Kikuko: solamente tú sabías que nos reuniríamos en El Farolillo Rojo... ¿O se lo dijiste a alguien?

—¡Claro que no!

—Entonces... ¿cómo explicas que cuando salimos de allí, a mí me estuvieran esperando los tres chinos? Vamos, seamos razonables: ¿cómo podían saber ellos que yo estaba allí?

—Quizá... quizá me estaban... siguiendo a mí, y al vernos juntas...

—¿Por qué habrían de seguirte a ti? Saben perfectamente quién eres, de modo que saben, por lo tanto, dónde encontrarte siempre que lo deseen. Y anoche no te siguieron. ¿Por qué hoy sí? ¿No será porque yo te dije que tenía algo importante, y tú les avisaste antes de acudir a la cita en El Farolillo Rojo?

—¡No!

Michiko alzó las manos, como para pasárselas polla cara, pero ni siquiera llegó a tocarla... De ninguna manera quería estropear el maquillaje especial...

—Además —añadió Kikuko—, si yo quisiera hacerte daño, ¿por qué esperar a hoy? Ayer noche sabía perfectamente dónde estabas tú, en el apartamento de Cross Lane, y podía haberles dicho entonces a los chinos todo lo que hubiera querido. Y de ese modo, esta mañana no habrías podido seguir a ese Tomoo, ni tomar fotografías, ni nada de nada.

Michiko asintió con la cabeza... De pronto, se quedó mirando vivamente a Kikuko.

—Espera un momento —susurró—. ¡Un momento!... Anoche, dejaste la tienda a cargo de vuestro empleado, y viniste a la cita conmigo. O sea, que Kazuo Ashida se quedó en la tienda... ¿Se ha quedado hoy, también?

—Ya te dije que esperaría a que él se marchase, para cerrar yo, pues no quería que me hiciese más preguntas... Y eso he hecho. He cerrado la joyería, y he ido a El Farolillo Rojo...

—...Y Kazuo Ashida te ha seguido.

Kikuko respingó. En los negros ojos de Michiko había una extraña luz, como... fría. Congelada.

—No —negó—. Claro que no...

—Anoche no pudo seguirte, pero hoy sí. Por otra parte, anoche pudo pensar que tenías algún compromiso referente a la tienda, pero esta noche, después de llamarte yo... Fue él quien atendió el teléfono, ¿verdad?

—Sí... Sí, sí.

—Y supo que te llamaba una mujer... ¿Y si sabía ya que una mujer había seguido a Tomoo hacia el Peak? El salió de la joyería antes que tú, pero no se alejó, sino que esperó y te siguió. Y mientras nosotras hablábamos en El Farolillo Rojo, él avisó a la vieja, que envió a tres chinos...

—¿Por qué Kazuo habría de hacer eso? —exclamó Kikuko.

—Buena pregunta —esbozó una fría sonrisa Michiko—. ¡ Muy buena pregunta, Kikuko! ¿Por qué habría de hacer eso Kazuo Ashida...?

* * *

Kazuo Ashida vivía en un pequeño apartamento en Gilman Street, muy cerca de Des Voeux Road Central, desde el cual, si se asomaba a una de las ventanas, podía ver las instalaciones portuarias en la parte del Outlying Island Ferries.

Le había costado no poco prosperar hasta conseguir aquel

apartamento, que, al principio, le había parecido poco menos que la octava maravilla del mundo. Pero eso duró poco. Kazuo sabía que, en realidad, pese al dinero y buen gusto gastado en el apartamento, aquello era poco menos que una cloaca en comparación a lo que él quería realmente… Cierto: tenía frigorífico, televisión en color, mi magnífico equipo de reproducción musical, algunos cuadros agradables, buenos libros, vestía bastante bien…

Precisamente, en el momento en que sonó el teléfono, Kazuo se estaba poniendo el *yukata* de excelente calidad que había comprado, no hacía mucho, en una de las elegantes tiendas de Queen Victoria Street. Naturalmente, antes había tomado su *ofuro*[4], como cada día, de modo que se sentía fresco, descansado, y dispuesto a gozar de los pocos placeres que, por el momento, tenía a su disposición. Por ejemplo, la música. Pero, sí, justo en aquel momento sonó el teléfono.

Kazuo se acercó al aparato y descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió.

—¡Kikuko! Sí, claro que soy yo…

—Naturalmente que puedo encargarme yo de abrir la tienda mañana. ¿Qué ocurre?

—Sí, sí, recogeré las llaves en ese lugar. Pero, Kikuko, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras mal.

—¿Qué amiga? ¿Qué clase de apuros? —se irguió Kazuo, palideciendo.

—Pero, Kikuko, tienes que decírmelo; yo puedo ayudaros. ¿Estáis en tu apartamento?

—¿Dónde estáis, entonces

—No digas tonterías... Para mí no será nunca meterme en problemas hacer algo por ayudarte a ti. Mira, Kikuko, si esa amiga tuya está en apuros, y ha acudido a ti, me parece bien. Pero ahora, tú acudes a mí..., y ya sabes que yo siento por ti algo más que amistad. De modo que dime dónde estáis y yo iré para...

—¡Te digo que...! ¿Kikuko? ¿Estás ahí, Kikuko? ¡Kikuko, contéstame!

Al otro lado de la línea no se oía nada. Kazuo no había oído el *clic* del auricular al ser colgado, pero tampoco oía la voz de Kikuko, ni ninguna otra cosa. Sólo un denso silencio.

—¡Kikuko! —insistió. Nada. Silencio.

Lentamente, Kazuo Ashida colgó el auricular de su teléfono. Quedó pensativo, cabizbajo, todavía pálido. Es decir, más pálido que antes. ¿Le había ocurrido algo a Kikuko? ¡Si le había ocurrido algo a ella...!

Tras vacilar largamente, Kazuo decidió hacer él una llamada. Descolgó el auricular, se lo llevó a una oreja... y no oyó nada. El mismo denso silencio de antes. La comprensión de lo ocurrido fue llegando lentamente a su cerebro: el teléfono desde el que le había llamado Kikuko había quedado descolgado, de modo que él seguía conectado a aquel aparato y no podía utilizar el suyo para conseguir otra línea. ¿Qué había ocurrido?

Todavía durante un minuto, Kazuo estuvo esperando y pensando. Sí, quizá Kikuko había dejado mal colgado su auricular, sin darse cuenta. Eso debía ser. Sólo eso. ¿O quizá alguien la había interrumpido de un modo... expeditivo mientras conversaban? ¡Si había sido esto, él tomaría sus medidas para...!

Colgó el auricular. No sabía qué hacer. Si Kikuko no estaba en su apartamento... ¿dónde podía estar? Buscar a alguien en Hong Kong no es, precisamente, tarea fácil. Además, estaba lo de la amiga de Kikuko. Quizá los hombres de la vieja Mei la habían seguido y...

Tomando una rápida decisión, Kazuo Ashida comenzó a quitarse el recién puesto *yukata,* caminando ya hacia el dormitorio. Se vistió en un par de minutos, a toda prisa, y segundos después abandonaba el apartamento. Lo primero que hizo fue buscar un teléfono público, desde el que llamó al apartamento de Kikuko, primero, y luego a la joyería. En los dos sitios sonaba el teléfono normalmente, pero en

ninguno le contestaron. ¿Dónde estaba Kikuko? ¿Desde dónde le había llamado?

¿Qué había sucedido?

Kazuo estuvo tentado de llamar a otro número, pero de pronto apretó los labios y abandonó la cabina. Nada de llamar. Tratándose de Kikuko quería estar bien seguro de todo... Tomó un taxi, y ordenó que le llevasen a los muelles de North

Point, cerca de Quarry Bay. Por el camino encendió un cigarrillo, y se dedicó a esforzarse en desechar sus temores sobre Kikuko...

* * *

Kikuko volvió la cabeza, para mirar con los ojos muy abiertos a Michiko, que conducía el coche «Ford», siempre fija la mirada en el taxi que seguían, y que, finalmente, se había detenido, muy cerca de los tinglados portuarios de North Point.

—Pero... ¿adónde va Kazuo? —murmuró.

—Esperemos que a algún sitio interesante —la miró Michiko, sonriendo secamente—. Ha llamado dos veces por teléfono desde la cabina, ya que dejamos su teléfono incomunicado... Quizá una de esas llamadas fuese a tu apartamento, para asegurarse de que no estabas allí. La otra, ha podido ser a la joyería... O quizá a alguien que le ha ordenado presentarse a dar mejores explicaciones. No puedo saber tantas cosas.

—Está saliendo del taxi. ¿Adónde debe...?

—Estaciona el coche por aquí cerca y quédate en él —cortó Michiko—. Y no se te ocurra acercarte, pase lo que pase. Simplemente, espera aquí. ¿Está claro?

—Sí, pero...

Michiko se apeó del coche, llevando el maletín en su mano izquierda. Kikuko vaciló, pero pasó en seguida al volante y condujo el coche en busca de un lugar donde estacionarlo... Cuando lo hubo conseguido, y miró hacia donde había dejado a Michiko, ya no la vio. Y tampoco vio a Kazuo Ashida.

Michiko, en cambio, sí estaba viendo a Kazuo Ashida y lo seguía a distancia prudente. A la izquierda, al otro lado del estrecho, veía las luces del aeropuerto en la larga y estrecha pista; un avión estaba despegando. Las negras aguas estaban salpicadas de luces.

Kazuo Ashida fue directo a uno de los tinglados, llamó a la puerta, y ésta se abrió a los pocos segundos. En un lado del sucio edificio de madera, y en el piso alto, se veía una ventana iluminada. En la fachada del almacén, encima de la pequeña puerta por la que había desaparecido Kazuo Ashida había un cartelón escrito con caracteres chinos, y también en inglés. Decía: «Mei Tsao-Import &

Export».

Michiko quedó pensativa, mirando aquel letrero. Chinos y japoneses… ¿Qué podían estar tramando?

«Me estoy complicando la vida… —pensó Michiko—. Tengo la seguridad de que el padre de Kikuko está en la quinta del Peak, así que todo lo que tendría que hacer es ir allá a rescatarlo, y asunto terminado. Pero…»

Pero… Michiko no se alejó, sino que se acercó al almacén, rodeándolo a prudente distancia, siempre. Como todos los otros edificios del lugar, era grande, destartalado, sucio. Había ventanas bastante altas, cerradas… Pero no todas. La mirada de Michiko quedó fija en la primera que encontró abierta. Se acercó a la pared y pasó por debajo de la ventana, calculando su altura. Siguió caminando, mientras sujetaba el asa del maletín a su cinturón… Regresó, se detuvo debajo de la ventana, miró a derecha e izquierda, luego hacia arriba… Sus piernas se flexionaron y se distendieron, impulsando felinamente el cuerpo hacia arriba. La mano derecha quedó asida al marco de la ventana, y la izquierda se le unió rápidamente. Una suave flexión, un giro impecable, y Michiko quedó colgando del marco, pero ya en la parte de dentro del almacén. Cuando se dejó caer, sus pies no hicieron el menor ruido.

Por las ventanas entraba luz más que suficiente para ver las grandes pilas de fardos, cajas y embalajes de toda forma y tamaño, que formaban callejones. Frente a la gran portalada en la cual estaba la puerta pequeña, había un camión. Al otro lado, una escalera, que parecía de madera, conducía a un pequeño rellano en el que había una puerta de cristal, que permitía a la luz del interior de lo que debía ser el despacho, expandirse por el almacén.

Muy amortiguadas, las voces llegaban al fino oído de Michiko, que muy pronto se dio cuenta de que estaban hablando en inglés. Claro: ni Kazuo debía saber chino, ni Mei Tsao debía saber japonés. En cambio, los dos sabían inglés… ¿Qué debían estar hablando?

La cabeza de Michiko se movió a derecha e izquierda. Parecía que no había nadie allí dentro, en el almacén; debían haberse reunido todos en el despacho. El riesgo de acercarse; era demasiado, pero la tentación aún era más fuerte que la prudencia.

Comenzó a acercarse, con un sigilo natural que, por otra parte, era innecesario, ya que desde el exterior llegaban toda clase de sonidos que ahogaban sus levísimas pisadas… De pronto, la puerta del elevado despacho se abrió y, por un instante, Michiko quedó como petrificada. Reaccionó velozmente, a tiempo de ocultarse tras unas cajas, mientras dos chinos aparecían en el pequeño rellano, y una voz de mujer, agria, destemplada, brotaba del despacho, en chino. Oyó las pisadas de los dos hombres en la escalera de madera, y se asomó, con

todo cuidado. Ahora había más luz... Uno de los chinos accionó un interruptor mientras bajaba, y tres grandes bombillas se encendieron en el techo del almacén, iluminándolo completamente..., mientras del interior del despacho salían más chinos, tres o cuatro, que se lanzaron también escaleras abajo.

Michiko se encogió tras las cajas y volvió la cabeza primero hacia la ventana por la que había entrado y luego hacia la puerta pequeña practicada en la grande. Imposible llegar a ninguno de los dos sitios sin ser vista. Y habían allá, por lo menos, media docena de hombres, por supuesto, armados...

Se oyó el chasquido de la portezuela del camión, y a los pocos segundos el rugir del motor. Pero el vehículo no se dirigió hacia la puerta, sino que comenzó a retroceder. El motor fue parado. Los hombres estaban cambiando comentarios, en chino. Luego, comenzó a oírse el rumor de las cajas, al ser movidas... ¡Iban a cargar el camión!

Los seis chinos trabajaban de prisa. Se oían sus jadeos, algunos golpes, el golpetazo de las cajas al ser cargadas... La pila que, en principio, había ocultado a Michiko estaba decreciendo rápidamente. Tenía que marcharse de allí cuanto antes, buscar otro cobijo... Por delante de ella se oía, cada vez más cerca, el resoplar de dos de los chinos. Estaban tan cerca que el encuentro era inevitable. Tan sólo con que cargasen un par de cajas más en el camión, Michiko quedaría visible.

Uno de los chinos lanzó un aullido, simultáneamente con el fuerte impacto que se oyó en el suelo. Los demás comenzaron a hablar, se oyó rumor de pies...

La voz de la mujer sonó arriba, en el descansillo.

Michiko no entendía las palabras, pero sí comprendía lo que había sucedido: una caja había caído; había escapado de las manos de dos de los chinos, y había caído sobre un pie de uno de ellos, o algo parecido.

Una seca orden, algunos refunfuños, y las cajas continuaron siendo removidas. El encuentro era inevitable. Michiko sólo tenía que elegir el modo en que se produciría; es decir, si ella lo afrentaría armada o desarmada. No cabían grandes dudas al respecto, así que colocó cuidadosamente el maletín sobre una de las cajas, lo abrió y sacó los tres estuches, de los que a su vez sacó las tres secciones de la *katana,* que ensambló rápidamente. Cerró el maletín y volvió la cabeza. Desde luego, si podía evitar el choque lo evitaría. No había necesidad alguna de...

Oyó la exclamación y volvió a mirar hacia delante, hacia la pila de cajas... que ya no estaba. Frente a ella, al otro lado de la última caja de la pila, que le llegaba poco más arriba de las rodillas, estaba uno de los chinos, contemplándola estupefacto.

Pero fue sólo un instante. Lanzó un grito... que fue rápidamente cortado por la *katana,* que silbó brevemente en el aire, impactó en la frente del chino y éste cayó hacia atrás, con los ojos casi fuera de las órbitas, abierta la cabeza.

Michiko regresó hacia sí el sable con un simple gesto de (muñecas, y salió corriendo de su ya inservible escondite, hacia la puerta, confiando en el factor sorpresa.

Mientras corría, veía a los demás chinos, paralizados por el espanto y la sorpresa.

Pero uno de ellos se adelantó de pronto, interponiéndose en su camino...

¡Voyooooíiiii...!, vibró el *kiai* de Michiko en el aire.

Y al mismo tiempo, la *katana* volvía a silbar. Esta vez, lateralmente, en sorprendente sesgo. La hoja dio en el vientre del chino, que se abrió como papel mojado, destruyendo incluso el grito de dolor, que no llegó a brotar de la boca...

Los otros cuatro chinos estaban reaccionando ya. Uno de ellos agarró una palanqueta de hierro, la alzó por encima de su cabeza, y la lanzó hacia la veloz japonesita que corría hacia la puerta del almacén.

El impacto fue tremendo... y no poco afortunado para Michiko: la barra de hierro la alcanzó en la espalda, pero no de punta, con lo que incluso podría haberse clavado, sino completamente plana, impactando con toda su superficie en la espalda del *budoka,* que lanzó un alarido y cayó de bruces, deslizándose por el suelo y soltando el sable, experimentando tal dolor que, por un instante, perdió el mundo de vista, como si se hubiese sumergido, de pronto, en un pozo negro... Del fondo de este pozo parecían llegar voces, exclamaciones, gritos furiosos.

Michiko se encontró sentada. Acabó de sacudir la cabeza, y las imágenes se aclararon ante sus ojos... en el preciso momento en que dos chinos caían sobre ella. Giró velozmente, rodó por el suelo, y los dos chinos cayeron de bruces a su lado. Se puso en pie de un vacilante salto, justo a tiempo de enfrentarse a los otros dos, uno de los cuales era el lanzador de la barra de hierro, que la había recogido de nuevo y se disponía a partirle la cabeza.

La barra silbó en el aire, pero esta vez Michiko no estaba de espaldas... Sus manos asieron la del chino, frenándola como si hubiesen tropezado con una valla de acero. Michiko alzó el brazo del chino, pasó por debajo girando, deslizándose como si, más que caminar, se deslizase sobre ruedas, y efectuó la torsión hacia arriba. El chino lanzó un alarido, giró y cayó de espaldas tras la velocísima vuelta, en la que Michiko no había realizado el menor esfuerzo. El *Aikido,* la suavidad de la lucha, el llamado *perfume del Judo* mostró una vez más su sorprendente eficacia. El golpe fue tan fortísimo que el

chino se quedó tendido, con la boca abierta, el rostro desencajado...

El otro llegó, lanzó su puño derecho hacia el rostro de Michiko, y ésta desapareció de la trayectoria, pasó junto al chino, le rodeó la cintura con un brazo y efectuó la *Koshiwaza,* con suavidad, como en un entrenamiento, casi como un juego... El chino salió disparado desde la cadera de Michiko, dio una vuelta en el aire y cayó de cabeza...

—¡Quieta! —llegó la voz desde arriba, en inglés—. ¡Quieta o disparo!

Con felino gesto, Michiko se volvió y alzó la cabeza hacia el despacho. Allí, en el rellano, apuntándola con una automática con silenciador, había una mujer. Una mujer de raza china, enorme, vestida con ropas de seda negra. Su rostro parecía talmente el de la luna llena, pero su expresión no era tan bonachona como la de ésta, en modo alguno. Sus pequeños ojos, que desaparecían tras las grasas faciales en abundancia horrenda, eran dos puntos negros lanzando rayos de furia.

Durante su breve vacilación, tres chinos cayeron sobre Michiko, mientras el último en comprobar la dureza del suelo se ponía en pie, dando bandazos de un lado a otro. Los brazos de Michiko fueron sujetados fuertemente por los chinos, mientras la mirada de Michiko permanecía fija en la pistola que empuñaba la enorme mujer china.

Esta dio una orden en chino, y el disfrazado *budoka* fue empujado rudamente hacia la escalera que conducía al despacho.

CAPÍTULO VI

—Atadla al fichero —ordenó, en inglés, la mujer china.

Aparecieron unas cuerdas, y Michiko fue amarrada a un fichero metálico, alto casi hasta el techo del despacho, y de unos sesenta centímetros de ancho. Le ataron los pies y el cuello por medio de una cuerda que sujetaron tras el fichero. Lo mismo hicieron con la cintura. En cuanto a las manos, forzando sus brazos hacia atrás, quedaron, también, aprisionadas fuertemente por las cuerdas.

—Es ella... —había dicho Kazuo Ashida—, ¡La que estuvo con Kikuko en El Farolillo

Rojo!

Pero Michiko no le había hecho el menor caso. Se dedicaba a mirar a la mujer china, que tampoco hacía el menor caso a Kazuo, cuyo rostro aparecía desencajado.

La mujer china, que, por supuesto, debía ser Mei Tsao, no era joven, ciertamente, pero tampoco parecía demasiado vieja. De todos modos, sí cabía admitir que fuese llamada así por sus hombres... Era de una estatura poco corriente en la raza china, gorda hasta la enormidad, de carnes relucientes. Vestida con seda negra, parecía un enorme globo presto a elevarse. Y viendo aquellos ojos como escondidos entre pliegues de grasa, Michiko comprendió por qué la llamaban la Vieja: porque sus ojos lo eran. Eran ojos llenos de maldad y vejez, ojos llenos de tiempo...

Mei Tsao habló con sus hombres, y uno de éstos salió del despacho rápidamente.

—¿Dónde está Kikuko? —preguntó ansiosamente Kazuo Ashida. Michiko apretó los labios.

—¿Está bien? —se interesó, siempre ansiosamente, Ashida—. ¿Kikuko está bien?

—No se preocupe por la señorita Ogata —dijo Mei Tsao, con su voz agria, seca—. Por supuesto que debe estar bien. En cambio, si esta mujer está aquí con vida, es que los hombres que envié a por ella no están bien... ¿No habla usted inglés, señorita...?

—Michiko —musitó ésta—. Hablo inglés.

—Estupendo. Así podremos entendernos muy bien... ¿Quiere contestar a mi pregunta sobre tres de mis hombres, que envié a por usted?

—No sé nada de ellos.

Mei Tsao sonrió, o algo parecido.

—Si usted está aquí, tiene que saber algo de ellos.

Y después de haberla visto luchar, parece que la cuestión no admite grandes dudas...

¿Los mató?

Michiko volvió a apretar los labios. El chino que había salido del despacho regresó, portando el maletín de Michiko y la *katana,* que Mei miró con curiosidad. Pero sólo un instante, porque regresó de nuevo toda su atención a Michiko.

—Usted tiene que ser muy lista, Michiko —elogió—. Después de su enfrentamiento con mis hombres, sospechó de Kazuo y le tendió una trampa, en la que él ha caído como un tonto, trayéndola hasta aquí. Su presencia es muy alarmante, pero de todos modos yo ya había tomado mis medidas: dentro de poco llegarán unas personas que tomarán la decisión final sobre el cargamento, aunque, de todos modos, yo estoy ya dispuesta a sacarlo de mi almacén: no quiero comprometerme por más tiempo. De modo que lo embarcaremos, y asunto terminado. Quiero el almacén limpio, sin cargas comprometedoras.

—¿Qué clase de carga? —preguntó Michiko.

—¿No lo sabe usted?

—No.

—Armas... —sonrió plácidamente Mei—. Armas para el Shogun.

—¿Para quién? —exclamó Michiko.

—Para el Shogun... No me diga que no sabe lo que es un Shogun.

—Naturalmente que lo sé —refunfuñó Michiko—: el gran señor dueño de vidas y haciendas... en el Japón de hace cien años, y más. Ya no quedan Shogun.

Mei Tsao volvió a sonreír.

—¿Para quién trabaja usted? —preguntó.

—Para nadie. Sólo soy una amiga de Kikuko Ogata.

—¡Ah...! Una amiga muy especial, evidentemente. Como los tres hombres que, sucesivamente, fueron siguiendo a esos estúpidos japoneses... ¿Sabe de qué hombres le estoy hablando?

—No.

—¿No? Bueno, tres hombres... tan especiales como usted, en el momento de la lucha. Pero, claro está, no hay nadie invencible. Dos de ellos están muertos, y el otro está prisionero... y supongo que a punto de morir. Uno de ellos era chino y los otros dos, japoneses... ¿Sigue sin recordarlos?

—No los recuerdo.

—Bien... Esta es una situación absurda, que no se habría producido si Tahahiko Ugaki no hubiese consentido en ceder a las exigencias de Hiroshi Ogata. El señor Ogata, que fue secuestrado,

comenzó a pedir herramientas y materiales al señor Ugaki, que es su... anfitrión..., y el señor Ugaki cometió la estupidez de acceder, enviando alternativamente a sus hombres a la Ogata Jewellry...

—No era ninguna estupidez —refunfuñó Kazuo Ashida—; el señor Ugaki prefirió complacer al señor Ogata para que éste trabajase, más y mejor, en la flor del cerezo. Y de todos modos, aunque fuesen llegando amigos de Kikuko Ogata no había peligro, porque yo lo controlaba todo. ¿Acaso no les advertí y los fueron cazando a todos?

—Habría sido más práctico, en lugar de ceder a las exigencias de Hiroshi Ogata, amenazarle con cortarle el cuello a su linda hija...

—¡No! —respingó Ashida—. ¡Sobre Kikuko, las cosas quedaron bien claras! Ella... ella tiene que quedar con vida, para... para mí.

La mole humana encogió los carnosos hombros.

—Está bien, no vamos a discutir eso. Lo cierto es que esa actitud de benevolencia hacia el señor Ogata, aun sabiendo que su hija estaba recurriendo a algunos amigos, nos ha traído complicaciones. Como la que representa Michiko, por ejemplo. Puede que los otros tres no tengan nada que ver con esto, que todo fuese casual, como ellos han mantenido incluso a costa de sus vidas. Puede. Pero Michiko sí está relacionada con el asunto... ¿O va usted a negarlo, Michiko?

—Sólo soy una amiga de Kikuko.

Mei Tsao ladeó la cabeza y entornó los párpados, de modo que sus ojos, prácticamente, desaparecieron. De pronto, se volvió hacia la mesa del despacho, sobre la cual había dejado el chino el maletín y la *katana*. Examinó ésta brevemente, con curiosidad, y luego abrió el maletín, cuyo contenido removió, verdaderamente interesada. Había dinero, una malla negra de cuerpo entero, los estuches... De pronto se acercó a Michiko, puso una de sus manos que parecían manojos de salchichas sobre los cabellos y tiró de ellos... La peluca, en forma de melenita, quedó en la mano de Mei Tsao.

La estupefacción fue general.

—Pero... ¿qué es esto? —exclamó Kazuo.

—¡Fuera de aquí! —murmuró Mei—. ¡Todos fuera, en seguida! Id a cargar el camión. Usted, Ashida, vaya con ellos y avíseme cuando lleguen Hara y Arima... Vosotros, cargad en el camión los cadáveres de vuestros compañeros, para tirarlos al mar cuando estemos navegando hacia la isla del Shogun.

Los cuatro chinos salieron rápidamente del despacho, y Kazuo, tras vacilar, fue tras ellos, dispuesto a ayudar. Mei Tsao cerró la puerta del despacho y se volvió, sonriendo a Michiko. Se acercó de nuevo a ella, es decir, a él, y estuvo observando con gran atención el rostro de Saburo Abe.

—¿Quién eres, realmente? —musitó.

Michiko apretó, una vez más, los labios. Mei estuvo esperando,

en vano, unos segundos.

—No importa... —dijo por fin—. Me lo dirás cuando estemos en la isla. Y presiento que será muy interesante lo que nos dirás. Por culpa de esos estúpidos me he metido en un lío... Estoy acostumbrada a los líos, desde luego, pero siempre controlando yo la situación... ¿Sabes que me gustas muchísimo? Aprovechando que estás atada... ¿He dicho atada?

Su mano se deslizó hacia el cuerpo de Saburo Abe. que se estremeció cuando la notó. Mei Tsao palpó concienzudamente y se echó a reír quedamente.

—He debido decir que estás *atado*... Eres un hombre muy hermoso, extraordinario...

¡Y tan sorprendentemente fuerte! Te decía antes que aprovechando que estás atado, te voy a besar... en todos los rincones de tu cuerpo. Y luego, cuando ya nos hayas dicho todo lo que nos sirva para saber a qué atenernos, me quedaré contigo, como si fueses... un precioso muñeco... Y te obligaré a amarme hasta que mueras. Pero mientras tanto, no quiero privarme de un capricho que acaba de ocurrírseme...

Acercó su rostro al de Saburo Abe, que apenas podía mover la cabeza debido a la presión de la cuerda. Los gruesos y húmedos labios de Mei se posaron ávidamente en los del *budoka,* que apretó los suyos. Pero recibió un golpecito abajo, y lanzó una exclamación... que aprovechó Mei Tsao para morder furiosamente, riendo al mismo tiempo.

Luego, mientras le acariciaba, continuó besándole en la boca, en el cuello, en la barbilla... con resoplido de ballena, mientras el *budoka* se estremeció de asco.

Habría preferido morir.

* * *

Mei Tsao miraba a Michiko, relamiéndose. Michiko, que estaba estremecida de asco, cerró los ojos para no ver aquella expresión, aquella lengua oscura que relamía los gruesos labios...

—Ha sido delicioso, ¿verdad? —jadeó Mei—. ¡No lo niegues, sé que a ti también te ha gustado! No te mataremos, no... Te llevaré conmigo y serás mi muñeco durante mucho tiempo... ¡Eres delicioso! ¡Y podremos hacer muchas, muchísimas cosas! Serás... mi muñeco... ¡Mi más querido y gozado muñeco!

Se acercó y besó de nuevo la boca de Saburo Abe, que apretó cuanto pudo los labios. Mei se echó a reír, le hizo una caricia y volvió a besar los labios del *budoka.* Este dio un tirón de las cuerdas, pese a que, ya lo sabía de antes, no podría conseguir nada. Ni siquiera podía mover la cabeza como habría deseado, porque la cuerda que apretaba

su garganta habría segado la piel con toda facilidad.

Abajo se oyó, de pronto, una voz, llamando a Mei Tsao. Esta se acercó a la puerta, la abrió y se asomó. Se oyeron más voces, y la china graznó:

—¡Suban!

Regresó ante Michiko y se dedicó a acariciarla, hasta que entraron los hombres. Michiko los identificó en seguida. Uno de ellos era Kazuo Ashida, siempre con expresión preocupada. Los otros dos eran los que habían visitado la quinta del Peak cuyo teléfono estaba a nombre del tal Takahito Ugaki; es decir, los que habían llegado con aquel coche, y cuyas fotografías había tomado con teleobjetivo.

—Ahí tienen al personaje —señaló Mei—. ¿Le conocen?

—¿Quién es? —preguntó uno de ellos.

—Dice llamarse Michiko —rió la vieja china—, pero ustedes ya ven que eso no es posible. En lo que a mí respecta, he comprobado que de ninguna manera es mujer.

—¡Esto es...!

—Tranquilícese, señor Arima. Cuando el señor Ashida vino a decirme que la amiga de la señorita Ogata estaba con ella, comprendí que mis hombres habían fallado, y fue cuando les llamé y dispuse que las armas fuesen cargadas en el camión. Las llevaremos en seguida al barco, pasaremos por la isla para recoger a los hombres del Shogun, y éstos y las armas llegarán finalmente a Japón, sin más contratiempos, se lo aseguro. ¿De modo que ustedes no conocen a Michiko?

—No.

—De acuerdo, señor Hara. No se preocupen. ¿Le falta mucho al señor Ogata para terminar la flor de), cerezo?

—El asegura que no —dijo Hara—. Pero puede que nos esté engañando, como ha hecho durante todo el tiempo.

—No nos ha engañado... —refunfuñó Arima—. Se lo hemos dejado creer, que no es lo mismo. El comenzó a pedir cosas de su taller, con el fin de que su hija se preocupase y pidiese ayuda a esos amigos especiales. Pero comprendimos en seguida la jugada y nos limitamos a complacer al señor Ogata y a ir eliminando a los amigos de su hija...

¿Michiko lo es, también?

—Por supuesto. Es una persona verdaderamente peligrosa, sin duda... —sonrió Mei

Tsao—. Pero su belleza va a servirle para conservar la vida todavía algún tiempo,

—¿Qué quiere decir? —frunció el ceño Hara.

—Quiero decir que Michiko no será trasladado a la isla, como los otros, puesto que ya no necesitamos hacer más preguntas para saber la verdad. Michiko se quedará conmigo... para mi goce

exclusivo. Y cuando me canse, le cortaré el cuello.

—Está bien. Voy a usar su teléfono, Mei.

—Cómo no.

Kiyoshi Hara descolgó el auricular del teléfono, marcó un número y, tras vacilar, habló en inglés cuando obtuvo respuesta al otro lado.

—Que se ponga el señor Ugaki —pidió. Hubo unos segundos de espera.

—¿Ugaki? Soy Hara. ¿Cómo está la flor del cerezo?

—Creí que ya estaría terminada.

—Hiroshi Ogata nos está engañando. No quiero hablar más por teléfono; te esperamos en el yate con él, y con todo su material y herramientas. Que siga trabajando allí mientras emprendemos el viaje.

—Hablaremos en el yate.

—No, ahora no, ni aunque sea en japonés. No quiero hablar en japonés. Te esperamos. ¿De acuerdo?

—Pues hasta luego. Y no te demores.

Colgó y se volvió hacia los demás, que le contemplaban en silencio. Estuvo pensativo unos segundos, y por fin murmuró:

—¿Dónde está la hija de Ogata?

—No lo sabemos. Pero Michiko sí debe saberlo, ya que estuvo con ella y le hizo llamar a Kazuo, para tenderle una trampa a fin de que le trajese hasta aquí.

—Tenemos necesidad de encontrar a la hija de Ogata —dijo, secamente, Hara—. Espero que usted convencerá a Michiko para que se lo diga, Mei.

—¿Para qué quieren saber dónde está Kikuko? —preguntó Kazuo.

Los dos japoneses y la vieja china lo miraron duramente.

—El juego ha durado ya demasiado, Ashida. No pensamos correr más riesgos, al respecto. Puesto que nos vamos a llevar a Hiroshi Ogata, y éste ya, no podrá seguir llamando a su hija, ésta se inquietará y terminará por recurrir a la policía..., lo cual no nos interesa de ninguna manera. Haremos las cosas de modo que cuando la policía empiece a buscar al señor Ogata y su hija, nosotros ya estaremos en Japón o muy cerca. Por eso, usted, antes de denunciar la desaparición de la señorita Ogata, esperará algunos días, como si...

~—Espere, espere... ¿Qué quiere decir? —casi gritó Kazuo.

—Usted ocúpese de la joyería... Y sólo dentro de un par de días denuncie la ausencia de la señorita Ogata. Diga que no lo ha hecho antes porque también su padre faltaba hacía algunos días, y que usted creía que estaba por ahí haciendo uno de sus trabajos, y que su hija había ido a reunirse con él, pero que, finalmente, está preocupado por los dos. ¿Lo entiende?

—Sí, sí... Pero ¿qué quiere decir eso de que Kikuko va a desaparecer?

—Los hombres de Mei la buscarán y la matarán.

—¡No! —aulló Kazuo—. ¡No!

—¡Vamos, no sea estúpido! —intervino Arima—. Las cosas ya se han complicado bastante con tanta condescendencia. Estamos a punto de tener la flor del cerezo, y eso es lo único que importa.

—¡No! Convinimos... convinimos que... que... ¡Yo puse al señor Ugaki sobre la pista del señor Ogata, le dije que era el mejor orfebre que podía buscar, para hacer la flor del cerezo, le ayudé secretamente a capturarlo...! ¡Y, a cambio, convinimos que cuando el señor Ogata terminase la flor del cerezo lo matarían, para que Kikuko quedase sola, se casase conmigo y yo pasara a ser el propietario de la joyería! ¡Eso fue lo que convinimos!

—Se arreglarán las cosas de modo que usted pueda quedarse con esa joyería, Ashida.

—¡No lo entienden! ¡Yo amo a Kikuko! ¡La quiero viva, para mí! ¡La amo realmente...!

¡No quiero que la maten! ¡Si ustedes matan a Kik...! ¡Eh! ¿Qué...? ¡No...!

Plop, chascó la pistola con silenciador que había aparecido en la mano de Moshiro Arima. El fortísimo balazo de la automática empujó a Kazuo Ashida violentamente hasta un deteriorado sillón, donde quedó sentado. Pareció que fuese a ponerse en pie, desorbitados los ojos...

Plop.

Los ojos de Kazuo Ashida se desorbitaron aún más. De pronto, su cabeza cayó sobre el pecho y quedó inmóvil. La roja mancha de sangre comenzó a extenderse por su blanca camisa.

—Ha sido una sabia decisión —dijo con indiferencia Mei Tsao—: las gentes con sentimientos personales, no interesan en esta clase de negocios.

—Y además —sonrió Arima, guardando la pistola—, Ashida ya no nos servía de nada. Lo hemos soportado lo suficiente. Bien: ¿tenemos pendiente alguna cuestión más, Mei?

—No..., salvo el dinero.

—Usted sabe perfectamente que cuando entregue las armas al Shogun, se le pagará. Es decir, cuando el carguero llegue a la isla y los hombres del Shogun pasen al carguero y emprendan el rumbo hacia Japón, el Shogun le pagará antes de que todos nosotros regresemos a Japón.

—Lo que quiere decir que debo ir en el carguero.

—Es inevitable.

—De acuerdo. Llevaremos una lancha a remolque, y así podré

regresar a Hong Kong con el dinero.

—Nosotros nos vamos ya al yate, a esperar a Ugaki y Ogata.

—Les acompaño. Voy a ordenar a mis hombres que lleven el camión con la carga al muelle donde está el carguero... Y ordenaré, también, que amarren una lancha para mi regreso. Respecto...

Mei Tsao había salido ya del despacho, sin dejar de hablar, y Moshiro Arima y Kiyoshi Hara la siguieron. Se oyeron sus pisadas, y la voz de Mei durante unos segundos todavía. Luego, el silencio... que fue roto por un suspiro.

La mirada de Michiko fue vivamente hacia Kazuo Ashida, que habla alzado la cabeza, y la miraba, como soñoliento. Las manos de Kazuo Ashida parecieron garras clavándose en los brazos del sillón... Apretó los dientes, hizo un esfuerzo y quedó en pie. Su barbilla comenzó a temblar, sus ojos giraron en las órbitas... y volvió a caer sentado.

Pero reaccionó en seguida, demudado el rostro, apretando las mandíbulas como si quisiera partir acero con los dientes. De nuevo se puso en pie y se acercó al archivo al cual estaba amarrada Michiko.

Estaba a punto de caer al suelo cuando consiguió agarrarse a las cuerdas que sujetaban a la falsa Michiko al archivo. Agarrándose a las cuerdas, caminó hasta detrás del archivo, donde estaban los nudos... Segundos más tarde, los brazos de Michiko colgaban a los lados, libres de las cuerdas.

—De prisa, Kazuo... —susurró Michiko—. ¡De prisa!

Kazuo había caído al suelo, pero su voluntad parecía más fuerte que el dolor y la cercana muerte. Comenzó a desatar los nudos de la cuerda que sujetaba los pies de Michiko, mientras ésta hacía girar la cuerda que pasaba alrededor de su garganta, hasta que el nudo quedó ante ella. Lo deshizo, realizó la misma operación con la cuerda que rodeaba su cintura, y que también desanudó, y, ya libres los pies gracias al esfuerzo de Kazuo Ashida, corrió a acuclillarse junto a éste.

—No deje... que maten... No deje que maten a... a Kikuko... ¡No deje que la maten!

—No se preocupe —susurró la falsa Michiko—. Lo siento, Kazuo, pero tengo que dejarle aquí. Prácticamente, usted ya está muerto.

—Lo sé... Váyase, escape... ¡Salve... salve a...!

Michiko recogió la peluca que Mei Tsao le había arrancado, la metió dentro del maletín, cerró éste, se arregló las ropas un poco y empuñó la *katana.* Pero, de pronto, lo pensó mejor y se volvió hacia la ventana. La ventana que antes había visto iluminada, desde el exterior.

Fue sencillísimo: la abrió y saltó al exterior. Sencillísimo.

CAPÍTULO VII

—Todo entendido, entonces —asintió Kiyoshi Hara—. Nos veremos en la isla, Mei.

—Seguramente llegaré antes que ustedes —dijo la vieja china—; esas cajas estarán cargadas en unos minutos y zarparemos en seguida.

—Estupendo. Hasta luego.

Moshiro Arima y Kiyoshi Hara se despidieron con un gesto y salieron del almacén, pasaron a un lado de éste y se metieron en el coche, el primero al volante.

—¿Pasamos por el apartamento o vamos directos al *Fuji?* —preguntó Arima.

—No tenemos nada que hacer en el apartamento.

—De acuerdo.

Arima puso el coche en marcha y se alejaron de allí. Ni remotamente se les ocurrió que en aquellos momentos Me¿ Tsao se llevaba el gran sobresalto al comprobar que Michiko había escapado... y que decidía no decir nada a sus clientes japoneses y terminar la operación sin más complicaciones, optando por dejar, para después, la búsqueda y eliminación de Michiko...

Poco después, Moshiro Arima detenía el coche cerca de Queen's Pier, donde estaba anclado el yate *Fuji.* Lo estacionó debidamente, paró el motor y entonces, al mirar el espejo retrovisor, vio el rostro.

Ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse. Una mano durísima cayó sobre su cráneo, que crujió, hendido como si fuese de galleta. Quedó sentado desmadejadamente, con los ojos desorbitados..., mientras Kiyoshi Hara, que había respingado y comenzaba a volverse, recibió el golpe lateral en plena frente en lugar de en la sien, donde iba destinado. Fue un impacto tan fuerte, que saltó de lado, chocando de cabeza contra la ventanilla. Aun así, prácticamente inconsciente por la potencia del golpe, Kiyoshi Hara reaccionó sacando su pistola.

Una mano de acero apareció por detrás y sujetó su muñeca, mientras un brazo se incrustaba en su garganta, atrayéndolo hacia atrás con un tirón tan brusco, que el cuello de Hara crujió y se rompió cuando la parte posterior de su cabeza quedó frenada por el hombro de Michiko, con hábil gesto.

Esta lo soltó, lentamente, dejándolo sentado con la mayor naturalidad posible. Luego, empujó a Arima, de modo que éste quedó con el rostro apoyado en el volante. Si alguien pasaba por allí y se le

ocurría mirar al interior del coche, vería a dos hombres que parecían dormir, uno echado sobre el volante, el otro con la cabeza echada hacia el respaldo.

Desde la bahía llegó el alegre sonido de la sirena de un transbordador, seguramente lleno de turistas, que lo estaban pasando divinamente en Hong Kong.

Michiko se miró al espejo. Estaba perfecta, con Su melena bien colocada, sus femeninas ropas en orden… Perfecta, simplemente. Tomó el maletín y se apeó del coche, alejándose tranquilamente.

Tan sólo tres minutos más tarde, en Queen's Pier, veía el yate *Fuji.* Siempre con el maletín en su mano izquierda, Michiko se acercó al yate, resueltamente, y pasó a bordo.

Inmediatamente, un tripulante japonés apareció ante ella, observándola con gesto hostil.

—¿Qué desea?

—No hablo japonés —sonrió Michiko—. Nací en Hong Kong y sólo hablo inglés, como puede observar, y chino. ¿Habla usted chino o inglés?

—Hablo inglés —frunció el ceño el hombre—. ¿Qué quiere?

—El señor Hara me citó aquí. Me dijo que él y el señor Arima vendrían pronto y que debía esperarlos. ¿El señor Ugaki no ha llegado todavía?

—No… No ha llegado —se tranquilizó el hombre—. Pero ¿quién es usted?

—Me llamo Michiko —sonrió encantadoramente el *budoka*—. Precisamente, mi presencia en el yate es para darles a ustedes ciertas instrucciones referentes al traslado de las armas, cuando lleguemos a la isla del Shogun.

—¿Usted nos va a dar instrucciones a nosotros?

—Así lo han convenido el señor Hara y el señor Arima con Mei, mi… protectora.

¿Cuántos son ustedes exactamente?

—Tres, en total.

—De acuerdo. Quiero verlos a todos abajo, ahora mismo.

Se dirigió hacia la entrada de los camarotes y bajó la escalerilla de madera. Al llegar abajo encendió la luz del saloncito y aprobó con un gesto. Bonito; muy bonito. Detrás de ella llegaba el tripulante que, sin decir palabra, se dirigió hacia el fondo del pasillo, mirándola de reojo. La sorprendente… y muy falsa Michiko dejó el negro maletín sobre la mesita que había delante del diván, lo abrió, vaciló y por fin hizo un gesto despectivo.

Un, minuto más tarde, el tripulante regresaba, acompañado del cocinero y de otro tripulante, que tenía cara de sueño y se estaba metiendo la camisa en la cintura de los pantalones.

Michiko se acercó a ellos, sonrió y dijo, en japonés:

—No es cierto que no hable japonés. Es una broma... Pero esto no es broma.

Su mano derecha cayó sobre un parietal del cocinero, que se derrumbó sin sentido, instantáneamente. Los otros dos japoneses lanzaron una exclamación, evidenciando, por fin, su sorpresa, y el que había estado en cubierta llevó la mano derecha al bolsillo de atrás del pantalón.

Pero Michiko sabía muy bien que éste debía ser el próximo en sufrir su ataque, porque el otro, sin duda, no estaba armado, ni se le había ocurrido, todavía dormido, que debía recoger su arma... Sí, Michiko lo sabía, como había sabido apenas ver al cocinero y mirar sus manos, que era un peligroso luchador, que posiblemente conocía el *karate* o alguna técnica similar...

El también conocía técnicas.

Sus manos fueron al encuentro de las del hombre, cuando éste la adelantó con la pistola. La asió, giró, tiró suavemente del hombre, le dobló la mano hacia dentro, y lo soltó... en una perfecta proyección de Aikido*, tan* suave, que parecía que todo lo hubiese hecho el otro por propia voluntad. Y mientras el hombre de la pistola, con la mano derecha rota, caía sobre el diván, el otro atacaba furiosamente a Michiko, despierto, de pronto. Una fracción de segundo más tarde, se encontró volteado por un impecable *Kokuynage* que lo llevó de cara contra un tabique, donde rebotó con una fuerza que de ninguna manera parecía provenir de Michiko, sino de él mismo...

Un pie de Michiko apartó la pistola caída en el suelo, sonrió suavemente al ver el enfurecido ataque del hombre de la mano rota, efectuó un pasmoso *Taisabaki* que le apartó del camino del atacante, y agarró su brazo, lo hizo girar, lo volteó con un *Iriminage,* y el hombre se estrelló de cabeza contra el suelo, quedando sin sentido... mientras el anterior pasaba a la carga, lanzando un rugido...

Fue recibido con una sencilla *Koshiwaza.* Pareció que ni siquiera tocaba la cadera de

Michiko, pero lo cierto fue que rebotó allí, fue de nuevo de cabeza contra la pared... y ya no se movió.

Michiko pareció decepcionada... Pero, realmente, tuvo que admitir que tres pobres diablos no tenían nada que hacer contra un experto en *Kendo* y *Aikido.*

Absolutamente nada que hacer.

* * *

El coche se detuvo casi delante mismo del yate *Fuji,* y el japonés que lo conducía volvió la cabeza.

—Hemos llegado.

En el asiento de atrás, Takahiko Ugaki asintió con un gesto, miró a Hiroshi Ogata, que permanecía sumido en sombrío silencio, y sonrió cortésmente.

—Vamos, vamos, señor Ogata —dijo amablemente—.

No es el fin del mundo. Sólo un cortó viaje. Oportunamente avisaremos a su hija, que es de esperar continúe gozando de perfecta salud y felicidad... mientras usted sea razonable. Y al decir razonable, me refiero a cosas que usted ya sabe. No vamos a tener más contemplaciones. ¿De acuerdo?

—Sí —musitó Ogata.

—Pues vamos al yate. Naoji —se dirigió al chófer—, sube la maleta con todo el material, y luego ve a estacionar el coche en un lugar conveniente.

—Sí señor.

Se apearon los tres. Naoji sacó la pesada maleta del portaequipajes, y alcanzó en seguida a su jefe y a Hiroshi Ogata. Llegaron los tres a bordo, y Takahiko Ugaki miró a todos lados, fruncido el ceño.

—¡Sueo! —llamó—. ¡Kaji! No hubo respuesta.

—Quizá estén durmiendo los dos —sonrió aviesamente Naoji.

—Imposible. Saben que eso les costaría muy caro. Vamos abajo... El de turno aquí arriba debe haber ido a buscar algo... Parece que la luz está encendida.

La marcha la encabezó Takahiko Ugaki. Detrás iba Ogata, y en último lugar Naoji, cargado con la maleta.

Así pues, el primero en llevarse la sorpresa fue Takahiko Ugaki, que, apenas poner los pies en el saloncito, vio aparecer ante él a la bella muchacha japonesa. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ésta le había metido la mano bajo la chaqueta, retirando velozmente de allí su pistola, que apuntó inmediatamente a la frente del demudado Ugaki.

—¡Hola! —sonrió Michiko—. Hermosa pistola... De fabricación soviética... ¿Las demás armas son también rusas?

Los tres hombres estaban petrificados. Michiko asió con dos dedos de la mano izquierda a Ugaki y le hizo entrar en el saloncito con una tracción tan suave que podía engañar a Ogata y Naoji, pero no al propio Ugaki, que tuvo la impresión de que era atraído por una polea. Un suave empujón le dejó pegado a la pared. La pistola que empuñaba Michiko apuntó directa a la cabeza de Naoji.

—Tú, ven aquí.

Naoji miró a Ugaki, se pasó la lengua por los labios... Finalmente, en pos de Ogata, que ya había entrado, terminó de bajar los peldaños. Dejó caer la maleta, lanzando una exclamación, y alzando los brazos para protegerse la cabeza cuando vio cernerse la

pistola sobre ella… De modo que no recibió un golpe de pistola en la cabeza: sólo un bellísimo *Atemi,* de ejecución artística, que le acertó en un lado del cuello y le derribó sin sentido, rodando hasta los pies del sobresaltado Ugaki.

Michiko volvió a mirar a éste.

—Hay unas cuantas cuerdas sobre esa butaca —movió la cabeza hacia allí—. Amarre con ellas a su sicario, de modo que yo quede satisfecha. ¿Está claro?

Takahiko Ugaki obedeció, en silencio. Cuando hubo terminado, Michiko examinó las ligaduras y aprobó con un gesto.

—Señor Ogata —le miró amablemente—, lleve a este hombre al primer camarote de la izquierda, y déjelo con los otros tres que encontrará allí, atados y amordazados. ¡Ah!, y póngale también a éste una mordaza. Cualquier cosa servirá. Le espero aquí.

—¿Quién es usted? —murmuró Hiroshi Ogata.

—Michiko, una amiga de su hija. ¿Sabía usted que Wai Pin ha muerto?

—No —palideció Ogata—. ¡No!...

—Lo siento, pero así es. Y no debería sorprenderle. Usted creyó ser muy listo al exigir al señor Ugaki que le permitiese llamar a su hija para pedirle material y herramientas, confiando en que ella comprendería y avisaría a Wai Pin. Así lo hizo Kikuko, en efecto... Pero los hombres del señor Ugaki capturaron a Wai Pin y lo llevaron a una isla, donde fue torturado y muerto, antes de admitir que usted tenía algo que ver con su intervención. Lo mismo sucedió cuando llegó un *karateka* llamado Yoshio Asakura. Y lo mismo cuando llegó el *judoka* Bunji Uesugi... Las últimas noticias sobre éste indican que está vivo... o lo estaba no hace mucho. En cuanto a mí, que también he llegado de Tokio, simplemente, he tenido más suerte.

—Lo siento... —tartamudeó Hiroshi Ogata—. Lo siento de veras.

—Ya no tiene remedio. Sólo espero que todo haya sido por algo que realmente valga la pena.

—Sí... Eso sí. ¡Le aseguro...!

—Lleve a este hombre al camarote. Luego hablaremos.

Hiroshi Ogata arrastró a Naoji hacia el pasillo... Regresó tres minutos más tarde. Michiko estaba sentada en el diván, y Takahiko Ugaki en una butaca. Michiko tiró la pistola de Ugaki hacia Ogata, que regresaba con la de Naoji, aunque evidentemente sin saber qué hacer con ella.

—Siéntese, señor Ogata. Hablaremos ahora.

—Escuche, Michiko, hay más hombres que...

—¡No, no, no!... No se preocupe. Nadie vendrá aquí: los señores Arima y Hara, porque los muertos no caminan. En cuanto a la vieja Mei Tsao —Michiko se estremeció de asco, ante el recuerdo—, porque en estos momentos está dirigiendo la carga de unas cajas llenas de armas en un barco que zarpará rápidamente hacia la isla del *Shogun*... ¿Sabe de qué le estoy hablando, señor Ogata?

—No... —palideció Hiroshi Ogata—. No.

—¿Está seguro? Yo diría que ha quedado muy impresionado.

—Bueno… Es que el *Shogun*…

—Los *Shogun* ya no existen, lo sé. Sin embargo, parece que hay alguien que se hace llamar así, y que en estos momentos está en una isla, donde tiene unos hombres que embarcarán en el carguero con destino al Japón… Con las armas, naturalmente. ¿Sigue sin comprender?

—Me parece… que voy comprendiendo —Ogata miró con los ojos muy abiertos a

Takahiko Ugaki—. ¡Ustedes están locos!

—Uno de ustedes dos deberá ser tan amable de explicarme qué significa todo esto —dijo, sosegadamente, Michiko—. ¿Puede hacerlo usted, señor Ogata, o es mejor que lo haga el señor Ugaki?

—Me parece que ya puedo hacerlo yo —jadeó Hiroshi Ogata—. Durante todos estos días, me han tenido prisionero, obligándome a reproducir la flor del cerezo de los *samurái*… Ya la tengo casi terminada. He ido dando largas al asunto, pero no podía continuar así, pues ya empezaban a amenazarme… Usted es demasiado joven, quizá no sepa lo que significa la flor del cerezo…

—No soy tan joven, ni tan ignorante, que no sepa que la flor del cerezo es el emblema de los guerreros *samurái,* señor Ogata. Fue escogida por su belleza y, al mismo tiempo, su fortaleza, como tal emblema, hace mucho tiempo de eso. En verdad, no sé cuánto. ¿Usted ha estado reproduciendo una flor de cerezo en joyería?

—No *una* flor de cerezo, sino *La Flor del Cerezo.*

—Bueno —sonrió Michiko—, efectivamente, debo ser demasiado joven. ¿Qué quiere decir, exactamente?

Hiroshi Ogata se quedó mirando a Michiko. De pronto, fue hacia la maleta que había portado Naoji, la alzó y la colocó sobre la mesita de centro. La abrió, y Michiko se inclinó para contemplar su contenido. Había herramientas que no conocía, pero que, lógicamente, entendió que eran de orfebre. Había láminas de oro, de platino, de hierro; casi todas ellas con formas recortadas. Había soldadores, un pequeño crisol… Y una hermosa flor de cerezo.

Una hermosa flor de cerezo hecha con hierro, oro, platino y nácar, a juicio de Michiko. Era triple de grande respecto a una flor natural, pero estaba hecha con tal arte que resultaba mucho más hermosa… Aunque parecía vieja. Demasiado vieja y sorprendentemente estropeada, para ser recién hecha por el orfebre Hiroshi Ogata.

—Faltan solamente unos pocos detalles que puedo reproducir en cuanto quiera. Vea el libro.

Sí. Había también un libro. Un viejo libro, de bordes ondulados, encuadernación gruesa y gastada, pesado, de páginas amarillentas y

gruesas... Ogata lo abrió hasta encontrar la página en que, a mano, estaba dibujada la flor del cerezo... Nada más ver aquel extraordinario dibujo, Michiko miró la flor hecha por Ogata. De nuevo el dibujo del libro, otra vez la flor de joyería...

—¿La ha copiado de aquí? —murmuró.

—Sí. El señor Ugaki tenía el libro, y quería que alguien le reprodujese la flor del cerezo.

—Pues... yo diría que usted ha hecho una obra maestra. Parece la misma flor, con la pátina del tiempo... A mí habría podido engañarme, desde luego. Claro que no soy una experta, precisamente. ¿Por qué reproducir esta flor de cerezo?

—Hace más de cien años, hubo un *Shogun* que la mandó fabricar a un orfebre de entonces. Esta flor de cerezo habría de ser la causa de toda una terrible discordia: hacía poco que un hombre llamado Matsubara, y que se había rodeado de cientos de guerreros, se había erigido a sí mismo en emperador. El *Shogun,* cuyo nombre era Miyamoto, disponía de un poderoso clan de *samurái* que le servían fielmente y que habrían dado por él la vida, como era de rigor. Sin embargo, Miyamoto optó por la paz. Decidió que quizá Matsubara podría ser un buen emperador, en cuyo caso no tenía objeto privar de él al pueblo nipón. Pero Matsubara no era un buen emperador... Hizo demasiadas cosas malas. Y finalmente, cometió el gran error... Un día, vio la flor del cerezo que tenía Miyamoto, y se encaprichó de ella. Se la exigió a Miyamoto, pero éste se negó a desprenderse de la flor del cerezo. La amaba, y además era el emblema de su clan de *samurái*... Era lo que en nuestros días llamaríamos un amuleto, un talismán, una mascota. Mientras la flor del cerezo de Miyamoto estuviese en su casa, todo iría bien.

—Pero Matsubara le quitó la flor a Miyamoto, ¿no es así? —musitó Michiko.

—Sí... —asintió Ogata—. Un día que los *samurái* de Miyamoto habían ido a las montañas a entrenarse a caballo, la casa de Miyamoto fue arrasada. Cuando los *samurái* regresaron, sólo hallaron cadáveres y cenizas. Todas las mujeres de la casa habían sido violadas, todos los hombres habían sido decapitados. Miyamoto había sido no sólo decapitado, sino que además su cabeza fue encontrada en dos mitades...

—Y la flor de cerezo no apareció.

—No. Debería haber estado entre las cenizas, pero los *samurái* estuvieron buscándola durante un tiempo muy largo, sin encontrarla. Mientras tanto, la creencia general era que aquella atrocidad había sido llevada a cabo por una banda de forajidos. Después de buscar la flor de cerezo durante mucho tiempo entre las cenizas, los *samurái* de Miyamoto iniciaron la persecución de los bandidos... Regresaron un

año más tarde, sin haberlos encontrado...

—Por el simple hecho de que no existían tales bandidos.

—En efecto. Pero todos creían que sí. Hasta que un día, cinco años más tarde, cuando los *samurái* de Miyamoto ya se habían extendido por todo Japón, un criado del emperador Matsubara vio la flor de cerezo en las manos de éste. El criado era pariente de la familia de Miyamoto, que al quedar arruinada fue protegida por Matsubara, y acogida en el palacio.

—Tremendo error de Matsubara —sonrió secamente Michiko.

—Sí... Fue un tremendo error. Aunque habían pasado ya seis años de la masacre, nadie la había olvidado. El criado escapó de palacio y buscó a uno de los *samurái* de Miyamoto cuyo paradero conocía aproximadamente. Tardó tres o cuatro meses en encontrarlo. Luego, los dos se dedicaron a buscar a los demás miembros del clan Miyamoto, para ir pasando la noticia. Tardaron dos años en reunirse todos los que no habían muerto. Pero no estaban solos, sino que tenían amigos, parientes, hijos que habían crecido, hermanos, cuñados... Finalmente, más de seiscientos *samurái,* reunidos en las montañas, emprendieron la marcha hacia la capital imperial. Naturalmente, Matsubara se enteró y dispuso a sus hombres para recibirlos adecuadamente... Pero cuando los *samurái* de Miyamoto se marcharon de la ciudad imperial, el palacio no existía, no quedaba piedra sobre piedra, y nadie con vida para contar lo que había sucedido allí. Todo lo que se supo fue que en la plaza de la ciudad imperial, en una gran estaca clavada en el suelo, apareció la cabeza de Matsubara, sin ojos, sin lengua y sin orejas. Los ojos, las orejas, la lengua, los pies, las manos y, finalmente, los genitales, fueron siendo hallados por distintos sitios de la ciudad, siempre en una estaca clavada en el suelo.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, Michiko movió la cabeza.

—Fue una venganza terrible, aunque supongo que... acorde con la época. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con...?

—Espere. No se sabe cómo, veinte años más tarde, la flor de cerezo apareció en el nuevo palacio, donde vivía el entonces emperador Furukawa... ¿Qué cree que ocurrió?

—No sé.

—Un año después, casi mil *samurái* descendientes del clan Miyamoto arrasaban el palacio. Treinta años más tarde, en mil novecientos seis o siete, la flor de cerezo apareció en el nuevo palacio del emperador Nakazawa: a los tres meses, más de mil *samurái* habían terminado con todo vestigio de vida de los Nakazawa.

—Es decir, que todo aquel que poseía la flor de cerezo era... pasado por las armas por los *samurái* de Miyamoto o sus

descendientes.

—Efectivamente. Por fortuna, la flor de cerezo desapareció al parecer definitivamente... hasta ahora.

— ¡No puede ser! —exclamó.

— ¿Por qué no? —sonrió secamente Ogata.

—Pero... ¡eso es absurdo! ¡En nuestros días nadie haría una cosa así! ¡Además, yo no conocía esa historia!

—Decididamente, usted es demasiado joven —murmuró Ogata —. Ni siquiera conoce la historia de la flor de cerezo de Miyamoto... Y además dice que en nuestros días nadie haría una cosa así... Parece mentira que sea usted japonesa, Michiko.

— ¡Eso es una barbaridad!

—Sin duda alguna. Pero si aparece la flor de cerezo de los Miyamoto en el Palacio Imperial de Tokio, dentro de unos días... Bueno, yo no quisiera estar en el Palacio Imperial.

— ¡Vamos!... —se puso en pie de un salto Michiko—. ¡Eso es absurdo!

Hiroshi Ogata se quedó mirando a Michiko, fijamente. Eso fue todo. Michiko miró a Takahiko Ugaki, que también permanecía con la mirada fija en ella, crispado el rostro. Durante unos segundos, reinó un denso silencio.

—Está bien —murmuró de pronto Michiko—. Pero, puesto que nosotros sabemos que la flor de cerezo que aparecerá es falsa, resulta evidente que todo esto no es más que una conjura de algunas personas para asesinar a la familia imperial de Tokio...

¿No es así, señor Ugaki?

Takahiko Ugaki apretó los labios. Michiko frunció el ceño, pero de pronto sonrió.

—Su estoica actitud puede parecer admirable, señor Ugaki, pero en realidad no pasa de ser una... fanfarronada divertida. Usted puede creerlo o no, pero yo puedo conseguir que me diga absolutamente todo lo que desee saber. Veamos... Ustedes han estado torturando a tres *budokas*. ¿Le parece razonable suponer que solamente ustedes saben someter a tortura a una persona?

—No —jadeó Ugaki—. ¡Eso no! ¡No!

—Recordemos lo que sucedió con el malvado Matsubara: fue decapitado, descuartizado, y diversas partes de su cuerpo fueron apareciendo por la ciudad imperial, clavadas en estacas. En mi opinión, usted no es precisamente mejor que Matsubara...

¿Por dónde podríamos empezar? ¿Por las orejas quizá?

— ¡No, no, no...!

—Caramba, no querrá que empecemos por sus partes íntimas, supongo. ¡Se moriría usted, señor Ugaki! Y aún se moriría usted más si empezásemos por la cabeza. Aunque me parece que he dicho una

tontería, ya que no se puede morir *más* o *menos,* sino, simplemente, morir. Pero no. Sería demasiado fácil para usted que yo le cortase la cabeza. Y demasiado fácil para mí, también. Así que vamos a complicar un poco las cosas. Yo creo que lo mejor sería empezar por los ojos. De este modo, después de habérselos arrancado, usted no podría ir viendo lo que seguiría, y no lo pasaría tan mal. No dirá usted que no soy razonable y compasiva, señor Ugaki. ¿O quizá prefiere usted que conversemos...?

—Conversaremos —susurró Takahiko Ugaki—. Conversaremos.

—Inteligente decisión. Podríamos comenzar por ese carguero de Mei Tsao: ¿cuál es su nombre y cuál es la isla hacia la que se dirige?

—El carguero lleva el nombre de *Chun Li,* y se dirige a...

CAPÍTULO VIII

El carguero *Chun Li* se había detenido frente a Repulse Bay, al sur de la isla de Hong Kong y frente a la mucho más pequeña llamada Round Trinidad, a menos de un cuarto de milla de la costa de esta islita.

Junto a la borda, Mei Tsao había visto las señales de luz, y se disponía a desembarcar. Junto al carguero, la lancha esperaba, con un hombre que ya había bajado y que sostenía la especial escala de madera habilitada para la enorme china.

La cual daba las últimas instrucciones al capitán del carguero.

—Acudirán a vuestro encuentro para hacerse cargo de la carga y de los hombres del *Shogun.* Luego, simplemente, continuáis viaje hacia Tokio y descargáis las mercancías de siempre... Es decir, procedéis normalmente. Sólo hay peligro hasta que os desprendáis de la carga de armas y de hombres del *Shogun.* Luego, todo normal. ¿Entendido?

—Descuida, Mei Tsao. Todo entendido: lo haremos bien.

Mei Tsao asintió, y se dispuso a bajar por la escalerilla. Desde el carguero la sujetaban con dos gruesas cuerdas que rodeaban su cintura, por si ella resbalaba o algo se rompía, evitar que cayese al mar. Terrible desgracia irreparable, ya que Mei Tsao no sabía nadar... Pero nada sucedió. Mientras desde Round Island se acercaba una balsa atestada de hombres, que sería remolcada a tierra por Mei una vez éstos se hallasen a bordo del carguero, Mei Tsao consiguió abordar la lancha, descargada como si fuese una enorme ballena.

La balsa llegó, y unos veinte hombres, todos ellos de raza japonesa, pasaron a bordo del *Chun Li.* El hombre de Mei amarró la balsa a la lancha, se puso a los mandos y emprendió la corta singladura hacia la costa.

Cuando la lancha llegó allí, el *Chun Li* se desplazaba ya sobre las negras aguas, lentamente. En el cielo, una enorme luna llena, de tono extrañamente sonrosado. Mei Tsao dejó de contemplarla, cuando el hombre que pilotaba la lancha la tocó en un brazo y señaló hacia el oeste. La china miró en aquella dirección y sonrió al ver la silueta del blanco yate.

—Ese debe ser el *Fuji,* naturalmente. Todo va bien. Esta habrá sido una de nuestras mejores operaciones de contrabando, Ping.

El chino también sonrió. Se desentendió del yate que se iba

acercando, y concentró su atención en la costa, ya cercana. Conocía bien aquellas aguas, pero no era conveniente descuidarse. Llegó sin novedad a la solitaria playa, en cuya arena quedó varada la lancha... A unos cien metros tierra adentro se veían las luces de una pequeña edificación. En la playa había cinco hombres esperando. Cuatro de ellos se metieron en el agua y sacaron de la lancha a Mei, prácticamente en vilo, llevándola a la arena, donde esperaba el quinto hombre, cuya sonrisa relució a la luz de la luna.

— ¡Bien venida, Mei! —saludó.

— ¡Hola, *Shogun!* —Sonrió también Mei—. ¿Tiene el dinero?

—Por supuesto. ¿Todo ha ido bien? ¿Ningún contratiempo?

—Ninguno de importancia —Mei señaló hacia el yate, que se iba acercando—. Todo ha ido bien, y ahí llegan sus amigos. En cuanto a la carga, fue revisada por ellos antes de ser embarcada. Ellos mismos podrán decírselo.

—Sí, sí... Pero la cuestión que verdaderamente me preocupa es si sus gestiones respecto a las armas fueron discretas. Quiero decir que, a posibles efectos... policiales, si algo llegase a descubrirse, esas armas han sido compradas por usted para uno de sus contrabandos. Es decir, que ni yo ni ninguno de mis amigos aparecemos ni constamos en conversación alguna.

—Quede tranquilo. En lo referente a la compra de las armas de fabricación soviética, nadie podría jamás demostrar que no ha sido cosa exclusiva de la vieja Mei Tsao —la sonrisa de Mei relució en la claridad lunar—. En el supuesto de que alguien pudiese descubrir algo alguna vez, se entiende.

—Se entiende —rió *Shogun.*

—Me gustaría cobrar ya toda la operación, y regresar a la ciudad.

—Sí, lo comprendo. Pero no va a ser posible.

Mei Tsao miró vivamente a *Shogun.* Le había conocido semanas antes en Victoria, cuando él fue a visitarla. Era un japonés menudo, de cabellos negrísimos, ojos grandes e inteligentes, rasgos agradables. Debía tener unos cincuenta años, y su cuerpo era menudo y flaco. Producía la impresión de ser ligero como una pluma, como si la menor brisa pudiese alzarla flotando por el aire.

— ¿Por qué no va a ser posible? —murmuró la vieja china.

Shogun hizo un gesto delicado con una mano, y en el acto Mei oyó tras ella un extraño gorgoteo. Se volvió, y vio a Ping cayendo hacia atrás, hacia el agua. De su garganta brotaba un impetuoso chorro de sangre... Y en el aire había todavía salpicaduras del cuchillo manejado por uno de los hombres de *Shogun,* que todavía estaba describiendo el arco mortal. Ping cayó de espaldas en la playa y quedó inmóvil, con la luz de la luna reflejándose en sus desorbitados ojos.

Mei Tsao se estremeció. Pero cuando se volvió hacia *Shogun,* la mirada de sus ojillos era fría y dura.

— ¿Qué significa esto? —susurró.

—Hace casi tres meses que estoy viviendo en esta isla, en una... pequeña pocilga. Durante estos meses, dos docenas de hombres han sido entrenados por mí para llevar a cabo una acción importantísima... Ahora, cada uno de esos hombres sabe lo que tienen que hacer, exactamente, cuando yo regrese a Tokio y les dé la orden. Cuando en Tokio suceda lo que tiene que suceder, usted sabría qué se ha estado preparando aquí, y quién era el... promotor del sangriento acontecimiento. Yo no puedo correr el riesgo de que exista una persona como usted que sepa tanto de mí, Mei Tsao.

El rostro de Mei estaba blanco como la espuma del mar.

— ¿Y eso qué significa? —jadeó.

—Matadla —dijo *Shogun.*

Retrocedió dos pasos, mientras sus cuatro hombres se acercaban, rodeando a Mei Tsao, cada uno de ellos empuñando un cuchillo, uno todavía chorreando sangre, el que había servido para degollar a Ping. Las hojas de acero lanzaban fríos destellos, que fueron desapareciendo, empañados por la sangre del enorme cuerpo de Mei Tsao.

Esta recibió la primera cuchillada en la espalda, a la altura de los riñones, y lanzó un terrible alarido. Se volvió hacia aquel hombre, pero el que quedó tras ella entonces realizó la misma operación, y Mei volvió a gritar cuando el frío del acero penetró en su cuerpo. Otra cuchillada pareció dividir uno de sus descomunales senos, otra le acertó en el vientre, de nuevo otra en la espalda, en el otro seno...

Era asombroso y escalofriante contemplar a aquella especie de ballena resistir de pie cuchillada tras cuchillada, soltando chorros de sangre en todas direcciones, gritando, aullando, tendiendo las manos como manojos de salchichas hacia sus asesinos, desorbitados los ojos, desencajadas las facciones, descomunalmente abierta la boca... Pero esto, ciertamente, no podía durar mucho. Por fin, Mei Tsao se desplomó, de bruces, reluciendo en su negro vestido los manchurrones de sangre.

Los cuatro asesinos se quedaron mirando a *Shogun,* que asintió con un gesto.

—Metedlos a los dos en la lancha, colocad la carga y enviad la lancha mar adentro.

Uno de los asesinos fue en busca de la carga, que tenían preparada, mientras los otros colocaban a Mei y a Ping en la lancha. Luego fue colocada la carga, la lancha fue puesta en marcha, trabado el volante... La lancha partió, mar adentro. Recorrería unas dos millas, entonces estallaría, y Mei Tsao y Ping, destrozados, se irían al fondo

del mar.

—Id a buscar nuestra lancha —dijo *Shogun,* contemplando la de Mei Tsao, navegando ya mar adentro—. Iremos en ella hasta *el Fuji,* que está lleg…

Se calló, sorprendido. Ocupados en la operación de Mei, no habían prestado atención al yate *Fuji.* ¿O no era el *Fuji*? No debía serlo, porque pasaba por delante de ellos sin detenerse… Pero sí. Sí era el *Fuji,* seguro, navegando en pos del carguero *Chun Li,* ya muy cerca, dándole alcance.

—Pero… ¿qué hacen? —exclamó uno de los asesinos.

Shogun no contestó. Simplemente, miraba hacia el yate. Por supuesto que era el *Fuji.* Y estaba dando alcance al *Chun Li,* sí. Le iba alcanzando rápidamente… ¿Estaban locos? Si seguían en aquella dirección iban a colisionar… Los cuatro asesinos miraron, sobresaltados, a *Shogun,* pero éste parecía haber quedado convertido en piedra.

Ni siquiera reaccionó cuando, finalmente, en efecto, el Fuji alcanzó al *Chun Li,* en diagonal por estribor, y se produjo la tremenda colisión que ocasionó la gran llamarada y el tremendo estampido. Reventaron y se incendiaron las calderas del *Chun Li,* que quedó envuelto inmediatamente en fuego y envolvió en la gigantesca llamarada al *Fuji.* Hubo otra explosión, ahora de granadas, otra de otra caldera… Una densa nube de negro humo ascendía hacia el límpido cielo lleno de estrellas. La sonrosada luna parecía ahora más roja. Todavía hubo otro estallido, que alzó una increíble columna de blanquísima agua…

—Id a por la lancha —dijo serenamente el palidísimo Shogun—. Tendremos que escapar en ella.

— ¿Escapar? Pero…

—Algo ha sucedido. ¡Id a por la lancha y esperadme aquí!

En el momento en que *Shogun* daba media vuelta para correr tierra adentro, se produjo otra explosión.

Pero no en el mismo sitio y, ciertamente, fue mucho más pequeña y más lejos, mar adentro. Hubo una crispación en los labios de Shogun… En unos segundos lo había perdido todo: las armas, los hombres que tan pacientemente había entrenado y aleccionado respecto al Palacio Imperial de Tokio, sus jardines, su distribución interior, los horarios del emperador, los grupos de guardias, los relevos… Todo.

Lo había perdido todo, incluso la posibilidad de haber empezado de nuevo, contando con la colaboración de Mei Tsao.

—Id a por la lancha —insistió.

Y echó a correr hacia el pequeño chalé. Los cuatro asesinos le estuvieron mirando unos segundos. Habían sido unos días muy duros,

sirviendo de piedra de toque a aquel grupo de veinte hombres que habían volado por los aires, asegurándose de que sabrían manejar las armas blancas que deberían esconder en sus ropas cuando se introdujesen en el Palacio Imperial, y del cual deberían salir apoyados por los que tomasen a su cargo la acción con armas de fuego, que serían diez del grupo bien entrenado, con cincuenta hombres más que esperaban en Tokio...

Sí, habían sido semanas de una vida muy dura... Y ahora todo lo que tenían eran sus cuchillos. Porque si todo había fallado, ¿acaso alguien les pagaría las fabulosas sumas ofrecidas?

—Vamos a por la lancha —gruñó uno de ellos.

Echaron a andar por la playa, hacia un grupo de rocas, entre las cuales, bien amarrada, estaba la lancha, resguardada de las miradas... y del oleaje, cuyo rumor ensordecía sus oídos. Desde luego, lo mejor que podían hacer era marcharse todos de allí, y cuanto antes. La policía colonial no tardaría en hacer su aparición, y por supuesto, los guardacostas. Eso, aparte de las muchas embarcaciones que debían estar poniendo ya proa al lugar de la tremenda explosión...

Uno de los asesinos se detuvo en seco, abriendo los brazos con los que chocaron dos de sus compañeros.

— ¿Qué pasa...?

Después del primero, los otros tres vieron simultáneamente a la negra figura que había aparecido ante ellos, chorreando agua, pero procedente de tierra, no del mar. Una figura de mediana estatura, esbelta, cuyas manos se cerraban en torno al mango de un objeto que reflejaba con intensos destellos la luz de la luna y las estrellas. La sorpresa fue tal que los cuatro asesinos, estupefactos, parecían incapaces de reaccionar. Tuvieron tiempo de ver que aquella figura era de un hombre, y que su negra indumentaria era una malla que cubría todo el cuerpo. Sólo la cabeza, las manos y los pies, que se hundían en la húmeda arena, quedaban al descubierto.

Por fin, y pese a que sus inteligencias no eran precisamente privilegiadas, los asesinos comprendieron, de pronto, que aquel extraño personaje debía tener algo que ver con la explosión del *Fuji* y del *Chun Li.*

Uno de ellos sacó su cuchillo y masculló:

—Vamos a...

— *¡Doyoooíiiiíiiii...!*

Vibrando en el aire el *Kiai* del *kendoka* y *aikido-ka* Saburo Abe, éste pasó a la carga, blandiendo la *katana* con sus manos de apariencia delicada, pero tan fuertes como el mismísimo acero del sable. Desde los doce años hasta los treinta y dos actuales, Saburo Abe había estado practicando diariamente con el sable, y sus dedos lo sujetaban aparentemente con delicadeza, pero con una seguridad de argollas.

¡Bssss...!, silbó el sable, lanzando mil destellos de luna.

Un brazo saltó por el aire, cercenado más arriba del codo. Sonó el alarido infrahumano, y el hombre cayó sobre la arena..., mientras el sable volvía a cortar el aire con seco silbido, que terminó en lo alto de una cabeza, la cual se abrió como si fuese un melón, en dos mitades perfectas...

El sable giró, revoloteó, y una mano saltó por el aire, soltando el cuchillo... Un instante más tarde, a la mano seguía una cabeza, que fue a caer tres metros más allá, hundiéndose en el agua, mientras el cuerpo decapitado caía en la arena a la que llegaban las rumorosas olas, llenas de espuma... El hombre que primero había perdido el brazo se movió en el agua en busca de aquel cuchillo perdido por su compañero, y lo agarró con la mano izquierda... Delante de Saburo Abe, el único enemigo que quedaba en pie, parcialmente paralizado por el terror, se adelantaba y lanzaba una cuchillada hacia la garganta del *kendoka,* que retrocedió y lanzó otro mandoble.

La punta de la *katana* pasó por delante de la nariz del asesino, cortándola como si fuese papel mojado. El hombre lanzó un berrido, y saltó en pos de Saburo, que había retrocedido... En el frío piso de arena, el hombre del brazo cortado extendió un pie. Saburo tropezó en él y cayó de espaldas.

Lanzando un rugido de triunfo, el chino mutilado alzó su mano izquierda y la bajó rápidamente. El cuchillo se hundió en el costado izquierdo de Saburo..: al mismo tiempo que éste, volviendo la *katana* completamente, ya que la postura no permitía otra cosa, golpeaba con el extremo del mango, en corto y seco, la frente del chino, que se partió, se hundió horriblemente.

Sobre Saburo se cernió la figura del último chino, que descargó la cuchillada buscando el vientre del *kendoka.* El acero chocó contra el acero cuando Saburo interpuso el sable en el camino del cuchillo. En fuerte empujón alejó al chino, tambaleándose. Saburo se puso en pie, todavía con el cuchillo clavado en el costado, alzó la *katana* y pasó al ataque arrolladoramente, como si tuviese la certeza de que nada ni nadie en el mundo podría detenerle.

Y así era.

— *¡Doyoooíiiiíiiii...!*

El sablazo llegaba por el lado derecho en busca del cuello del chino, que lanzó un grito de terror, giró, y colocó el cuchillo en desesperado intento de detener aquel rayo reluciente de sangre y estrellas.

En el aire, el sable pareció una prodigiosa culebra: cambió incomprensiblemente de dirección, como rechazando cualquier ley física, cualquier lógica, como algo absolutamente increíble... Pasó por delante del cuerpo del chino, llegó a la nuca, giró de nuevo... y se

hundió de lado en el hígado del desdichado, que lanzó un gemido, soltó el cuchillo… y su cabeza saltó por el aire, una fracción de segundo después.

Llegó una ola, que mojó aquella cabeza y la atrajo un poco. Llegó otra, que la atrajo un poco más. La tercera ola se llevó la cabeza del chino. La cuarta comenzó a mover su cuerpo… Saburo Abe se inclinó, arrancó el cuchillo de su costado y limpió la herida y la *katana* con agua; luego regresó hacia las rocas, donde, escondido pero con dos pistolas a su disposición, esperaba Hiroshi Ogata, cuyas ropas también estaban mojadas.

No hubo comentario alguno entre los dos hombres.

Hiroshi Ogata también era *budoka* y Saburo Abe no tenía necesidad de explicarle por qué no había recurrido a la facilidad de las armas de fuego, ni a la ayuda que él hubiera podido prestarle. ¿De qué habrían servido veinte años de esfuerzos, de sacrificios, si a la menor dificultad un *budoka* recurría a las armas de fuego en lugar de utilizar su Arte Marcial, en el que había acondicionado su mente, su cuerpo, su espíritu? Habría sido como engañarse a sí mismo; como defraudarse a sí mismo.

Así pues, sin decir palabra, los dos se dirigieron hacia la construcción en la que habían visto la luz. Cuando llegaron allí, no se oía nada. El silencio más absoluto… a excepción del rumor del mar, que seguramente habría impedido a Shogun escuchar los alaridos de muerte y los *Kiai* de Saburo Abe.

La puerta estaba abierta. Saburo entró en primer lugar, llegó a una especie de saloncito diminuto, y en seguida vio a *Shogun,* inclinado junto a un sofá viejísimo que había apartado. Del suelo había arrancado un rojo ladrillo rectangular, y del hueco descubierto había sacado varias cosas: dinero, un pasaporte, unos planos y mapas, una pistola…

Saburo Abe no dijo nada. Se quedó inmóvil mirando a *Shogun* quien, de pronto, quedó inmóvil. Y luego, lentamente, fue volviendo la cabeza hacia la puerta. Su boca se crispó al ver aquel cuerpo fino, contenido en la malla negra… y sobre los hombros, un rostro de mujer. En verdad chocante.

— ¿Quién es usted? —jadeó *Shogun.*

—Me llamo Saburo Abe. Soy compañero de Wai Pin, Yoshio Asakura y Bunji Uesugi.

¿Dónde están ellos?

—Murieron. Esta tarde, mis hombres tiraron al mar al último. Podemos llegar a un acuerdo, sin embargo. Tengo dinero para…

Shogun calló. Hiroshi Ogata había aparecido junto a Saburo Abe. Ogata no conocía a *Shogun,* pero evidentemente éste sí conocía a Ogata, porque sus ojos expresaron reconocimiento. Miró la pistola

que, más que empuñar, sostenía Ogata, y desvió su mirada otra vez hacia Saburo Abe.

—Tengo dinero suficiente para que usted olvide a sus amigos, Abe. ¡Oh!, no me refiero sólo a éste que usted ve aquí —señaló los fajos que había sacado del escondrijo—. Tengo muchísimo más... ¿Usted ha tenido algo que ver con la explosión del *Fuji* y del *Chun Li?*

—Naturalmente. Yo he enviado el yate contra el carguero de Mei Tsao, luego hemos saltado al agua y hemos llegado a la playa guiados por la luz de esta casa. Si está pensando en que cuatro hombres pueden llegar de un momento a otro para ayudarle, olvídelo: están muertos.

Shogun miró la *katana* que Saburo sostenía con suavidad, con delicadeza extraordinaria, en su mano izquierda. Parpadeó, miró de nuevo los negros ojos del *budoka* y consiguió sonreír.

—Está bien, todos cometemos errores. Pero podemos...

—No.

—Le ofrezco tanto dinero que...

—No. Según las explicaciones que nos ha brindado el señor Ugaki antes de... fallecer en un accidente marítimo hace unos minutos, resulta que usted está dirigiendo una conjura contra la familia imperial japonesa, para eliminarla. Los motivos son que un grupo de acaudalados japoneses cuya codicia no tiene límites están tramando de cambiar las estructuras económicas del Japón, con el fin de controlar todo el país por medio de la economía. Pero ese cambio no sería posible mientras estuviese vivo el emperador y todo cuanto él significa... De modo que, para asesinarlo, recurren ustedes a la vieja leyenda de la flor de cerezo de los Miyamoto. Entrenan a unos cuantos hombres que luego se diría que eran los descendientes de los samurái de Miyamoto, o sea, algo así como unos fanáticos chiflados adeptos a leyendas y viejas venganzas, y los lanzan contra la familia imperial. Y mientras todo el mundo lloraría la muerte de la familia imperial japonesa, que sería atribuida a unos locos que habrían reaccionado al aparecer en el palacio la *Flor de Cerezo de Miyamoto,* el grupo económico que usted representa se apresuraría a tomar el control de Japón por medio de la economía. O sea, que como siempre, los ricos serían más ricos y los pobres más pobres... ¿No es así?

—Usted podría ser de los ricos —sonrió crispada mente el hombre llamado *Shogun.*

—Ya soy rico ahora, porque soy lo que siempre he querido ser.

—Pero yo podría darle...

Shogun saltó hacia la pistola que tenía tan cerca, la empuñó, giró con el suelo apuntando hacia la puerta, y apretó el gatillo.

Su primer alarido fue de sorpresa, pues ni Hiroshi Ogata ni Saburo Abe estaban ya allí.

Su segundo alarido fue de dolor y espanto, cuando, tras ver el relámpago que se dirigía hacia él, la *katana* llegó con fortísimo impacto y se hundió en su cuerpo, atravesando el pecho.

—Increíble —dijo tranquilamente Hiroshi Ogata.

F I N A L

—Entonces... ¿te vas? —musitó Kikuko.

Saburo Abe terminó de cerrar la maleta y asintió.

—¿Y por qué te vas? —insistió la muchacha.

—No puedo estar toda la vida sin hacer nada —gruñó él.

Kikuko Ogata le contemplaba atentamente. Estaban en el apartamento de los Ogata, donde Saburo había pasado aquellos días para reponerse de la herida recibida en la playa. Herida que ya estaba en franco proceso de cicatrización, con un aspecto sanísimo.

—No digo que te pases la vida sin hacer nada —murmuró de nuevo Kikuko—. Pero tampoco veo por qué tienes tanta prisa. El señor Inomura ya está al corriente de todo, y recibió el dinero que le quitaste al *Shogun,* para que lo emplee en sus benéficos propósitos. El clan de la *Flor de Cerezo* ha sido eliminado completamente y todo ha vuelto a la normalidad...

—Me espera mi trabajo en Tokio —mascculló Saburo.

—Tengo entendido que tu sustituto no lo está haciendo mal del todo. ¿Acaso temes que reduzca tu prestigio?

—¡Tonterías! —refunfuñó Saburo—. Y además, hay trabajo para todos.

—De acuerdo, pero... ¿qué tienen de malo unas vacaciones de verdad?

—Yo no necesito vacaciones.

—¿Ni siquiera para complacerme a mí?

—Te diré la verdad: cuando, después de que me besaste cuando eras Michiko, me di cuenta de que me había gustado, me asusté. Pensé que yo era, en potencia, una... una... una tonta, ¿comprendes? ¡Me gustabas tanto!...

—¿Qué me dices? —sonrió por primera vez Saburo Abe.

—Sí... Me veía ya convertida en una homosexual. Y de pronto me entero de que eres hombre. ¡Qué alivio sentí! Pero ahora... tengo mis dudas.

—Tus dudas... ¿sobre qué?

—Pues, a decir verdad, no sé si eres o no un hombre.

—Vamos, no digas tonterías, Kikuko.

—¡No son tonterías! Primero, te presentas como mujer y yo tengo que creerlo. Luego, me dices que eres hombre, y yo tengo que creerlo también. Cuando la verdad es que no me consta ni una cosa ni

otra respecto a tu sexo.

—Estás bromeando, claro.

—Te aseguro que no —Kikuko se quitó la encantadora bata casera y la tiró a un lado—. No estoy bromeando, ni mucho menos. Lo que ocurre es que quiero salir de dudas… de un modo definitivo y *convincente*. Y una vez convencida, yo… haré siempre lo que tú quieras. Pero debo quedar bien convencida.

Saburo Abe, fruncido el ceño, estuvo unos segundos mirando el espléndido y delicioso cuerpo que se le ofrecía en toda su extensión. Se acercó, tocó un hombro, y lo encontró fresco y sedoso. Cuando miró los ojos de Kikuko, ella le contemplaba anhelante, entreabiertos los labios… Saburo Abe puso una mano sobre el seno izquierdo de Kikuko, y notó los estampidos de aquel joven corazón que él había acelerado.

—Bueno… —susurró—. La verdad es que yo sólo conozco un medio para convencerte definitivamente, Kikuko…

—Ese servirá —dijo Kikuko, acercando más su boca a la de Saburo Abe.

F I N

Notas

[←1]

El *seppuku* es lo que vulgarmente se conoce con el nombre de *harakiri;* esta expresión está considerada como de menos categoría, podría decirse que populachera. El *seppuku* consiste en abrirse lentamente el vientre, sistema de suicidio por honor que hicieron mundialmente famoso especialmente los guerreros japoneses *samurái.*

[←2]

Ryokan **es una casa, una vivienda cuya definición occidental sería "chalet" o "quinta".** ***Inkio*** **es una palabra japonesa que expresa el retiro voluntario de una persona de la vida de relación, de actividades interesadas en mayor o menor grado, para dedicarse exclusivamente al descanso y la meditación.**

[←3]

Kikuko, en japonés, significa “crisantemo”.

[←4]

El *yukata* es un kimono japonés masculino, muy fino y ligero, extremadamente cómodo, que suele utilizarse para estar por casa. Especialmente, después del *ofuro,* que es un baño caliente, relajante.